

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

EL "GOLPE" DE LOS 200 MILLONES

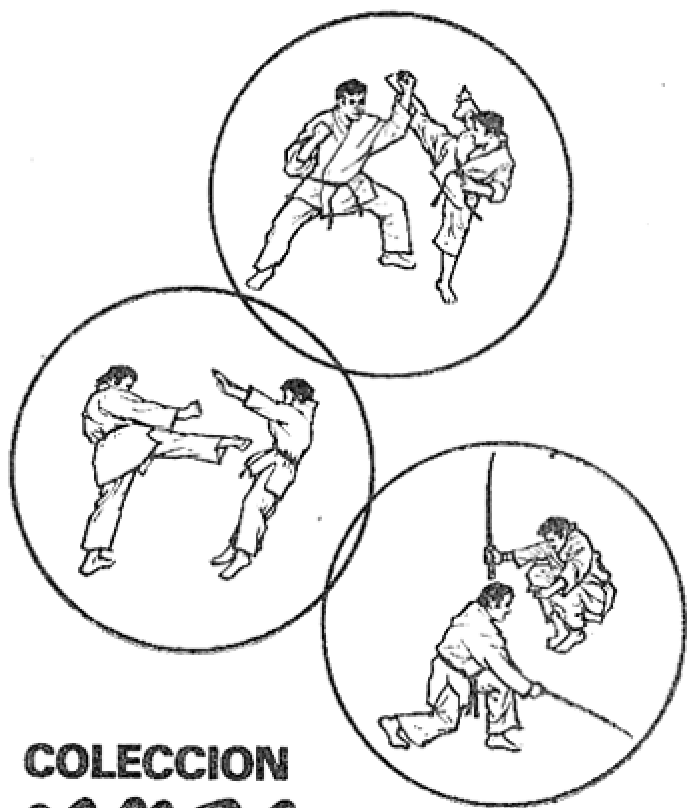
EL “GOLPE” DE LOS 200 MILLONES

CLARK CARRADOS

Colección
¡KIAI! n.° 12
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

7— *Satori,* Lou Carrigan.
8—*En Tokio también se muere*. Burton Hare.
9— *Tres dragones de oro*. Curtis Garland.
10 — *Con las manos vacías*. Lou Carrigan.
11—De *regalo y de pago*. Ralph Barby.

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 220 — 1977
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: marzo, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

DESPUÉS de cenar, tomar una copa y fumarse un cigarro, Philip K. Harrigan anunció a su mayordomo que se retiraba a trabajar un rato en el despacho.

—Perfectamente, señor —contestó el mayordomo—. Si necesita algo más de mí, no tiene más que llamar…

—Japhet —le interrumpió Harrigan—, no te necesitaré para nada. Puedes retirarte con toda tranquilidad. En todo caso, tráeme una jarra-termo con café; es muy probable que deba trabajar hasta muy tarde.

—Bien, señor.

Harrigan se retiró a su lujoso despacho y se sentó tras la mesa, con el cigarro entre los dientes. Japhet, el mayordomo, vino minutos después, con una bandeja en las manos.

—Por cierto, ¿ha llamado la señorita Marion? —preguntó Harrigan.

—No, señor. ¿Quiere que le avise cuando regrese? Harrigan frunció el ceño.

—Habrá salido con ese condenado Paul Rossiter —mascullló entre dientes. Alzó la voz— No, Japhet, no quiero que me molestes, ni siquiera cuando ella vuelva a casa. Tengo entre manos una tarea importante y debo concentrarme por completo.

—Bien, señor. Con el permiso del señor, y dada la hora que es ya, cerraré las rejas.

Harrigan hizo un gesto de asentimiento. El mayordomo se acercó sucesivamente a las dos ventanas que había a espaldas de la mesa de despacho y tocó sendos interruptores. Dos rejas surgieron de la pared y se deslizaron silenciosamente al otro lado de los cristales.

Luego, el servicial mayordomo corrió las cortinas y se encaminó hacia la puerta.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Japhet —respondió Harrigan cortésmente, ya concentrado en el examen de unos papeles que tenía sobre la mesa.

El mayordomo cerró la puerta. Y ésa fue la última vez que vio con vida al acaudalado míster Harrigan.

* * *

Sentado en un cómodo y mullido diván, George Washington Baxter

contemplaba distraídamente un programa de televisión. En la mano izquierda tenía un vaso alto y un cigarrillo en la derecha. El contenido del vaso estaba prácticamente intacto y el cigarrillo se consumía por sí solo.

George Washington Baxter, más conocido por Budd entre el restringido círculo de sus amistades, esperaba a alguien. La espera no duró mucho.

Una hermosa joven, de figura espectacular y cabellera de fuego, salió de una estancia contigua, ataviada de un modo que dejó sin aliento a Baxter.

—¿Qué te parece mi traje de baño? —preguntó la pelirroja.

Baxter contempló críticamente el «traje de baño», que consistía en unos minúsculos trocitos de tela roja, complementados por una cinta del mismo color que rodeaba las opulentas caderas de la joven. La parte superior eran dos simples discos, no mayores que un dólar de plata.

—¿«Eso» es un traje de baño? —dijo, mientras se ponía en pie.

—La última moda, querido —sonrió ella.

Baxter dejó a un lado el vaso y el cigarrillo, y se acercó a la pelirroja.

—Bobbie, dime, ¿cómo se sujeta… la parte superior del traje de baño? No veo tirantes…

Bobbie Carver se echó a reír.

—Son adhesivos —contestó—. Y fáciles de quitar, cariño. Anda, prueba. Baxter sonrió, mientras rodeaba con sus brazos el cálido talle de la pelirroja.

—Causarás sensación cuando vayas a la playa —vaticinó.

—Quiero causar la sensación aquí —dijo ella, a la vez que elevaba sus brazos.

El televisor seguía funcionando. Ninguno de los dos prestó la menor atención a los sonidos que brotaban de la pantalla. No obstante, Baxter, en cierta ocasión, creyó haber oído el nombre de Harrigan.

Luego, Bobbie le hizo olvidar todo.

Un buen rato más tarde, Bobbie se quejó maliciosamente de que él no había prestado demasiada atención al traje de baño.

—Debiera haberlo dejado puesto —respondió Baxter. Ella lanzó una alegre carcajada.

—Prepara dos copas —indicó—. Tengo el pelo completamente desordenado.

Baxter se quedó solo. Buscó la botella y puso dos generosas dosis de whisky en sendos vasos, añadiendo algunos cubitos del recipiente que los conservaba en su interior. La televisión seguía funcionando.

De pronto, Baxter oyó algo que llamó vivamente su atención.

Era un noticiario, y el locutor informaba de un suceso que se había producido al otro lado del país, concretamente en San Francisco:

—El hecho se presenta envuelto en el mayor de los misterios, ya que nadie pudo entrar en el despacho de Philip K. Harrigan… —Después de añadir algunos detalles sobre las circunstancias del suceso, el locutor prosiguió—: La hija del difunto, Marion Harrigan, ha anunciado que impugnará el testamento de su padre. «No me opongo a que parte de su inmensa fortuna vaya a parar a la Fundación que llevará su nombre —ha declarado a los periodistas—, pero de ahí a quedarme en la calle, completamente desheredada, es algo muy distinto y no pienso consentirlo. Lucharé con todas mis fuerzas…»

Baxter ya no quiso seguir escuchando más. Minutos antes habían dado la primera noticia sobre la muerte de Harrigan, pero los encantos de Bobbie Carver eran muy poderosos y le habían impedido prestar atención al locutor de la televisión. Ahora, sin embargo, la cosa era diferente.

Bobbie Carver llegó a la sala, momentos después. Su desconcierto fue enorme al observar la ausencia de su huésped.

—¡Budd! ¿Dónde estás? —llamó.

Pero Baxter no contestó; hacía ya rato que se había marchado de la casa.

* * *

Baxter llegó a su lujoso departamento, en la Quinta Avenida, y se dirigió directamente a un punto del muro de la gran sala. Tocó un resorte y parte del muro se deslizó en silencio, a un lado.

Una vasta habitación quedó al descubierto. Había algunas pantallas de televisión y otros aparatos. Baxter tocó, una tecla. Una de las pantallas se iluminó en el acto.

El rostro de un hombre de unos cuarenta años surgió de inmediato en la pantalla.

—¿Sucede algo, Budd? —preguntó Denis Gray—. Estamos a punto de concluir la jornada…

—Philip K. Harrigan ha sido asesinado, en San Francisco —dijo Baxter—, Consígueme todos los datos que puedas.

—¿Para hoy?

—No será necesario. Envíame un sobre mañana por la mañana.

—Está bien.

Baxter cerró la comunicación. De repente, sintió un leve rumor de pasos a su espalda.

Giró en redondo. La mano, que ya caía de canto sobre su cuello,

quedó detenida por una férrea presa, hecha con unos dedos que parecían de bien templado acero. Luego, Baxter se apoyó en el pie izquierdo mientras asía el otro brazo de su atacante, metió ligeramente la cadera del mismo lado, desequilibró al adversario y, de este modo, pudo hacerlo voltear fácilmente en el aire.

Tim Koye, su criado, se levantó ágilmente y ejecutó una profunda reverencia.

—El señor ha realizado a la perfección la tercera *kata* —dijo. Baxter sonrió.

—Tus elogios me cubren de rubor, Tim —contestó. Y añadió—: No es bueno alabar al que sólo hace lo que debe; el placer de hacer las cosas bien hechas es la mejor recompensa.

—Cierto, señor —convino el criado—. Perdone el señor, pero, sin querer, he oído las últimas palabras de su conversación con el señor Gray. ¿Debo deducir que el señor tiene un nuevo caso en puertas?

—Es probable, Tim. Por favor, ¿quieres prepararme el baño?

—Sí, señor.

Más tarde, en el pequeño gimnasio que Baxter tenía en su propia casa, Koye le dio una buena sesión de masaje. Tendido de bruces sobre la mesa, Baxter se dejaba hacer, mientras pensaba en lo que había sucedido, la víspera, a miles de kilómetros de distancia.

—Observo al señor notablemente preocupado —dijo Koye, después de un buen rato de silencio.

—En efecto, así es —admitió Baxter—. Ha muerto Philip K. Harrigan.

—¿Amigo del señor?

—Hace diez años, lo era. Luego, la vida y los negocios nos separaron.

—He oído algunas noticias sobre el particular. Si no me equivoco, el señor Harrigan andaba cerca de los cincuenta años.

—¿Piensas que una diferencia de casi veinte años puede ser obstáculo para una buena amistad entre dos personas?

—¡Oh, no, señor!; pero el señor debe permitir que le diga que nunca oí mencionar ese nombre en la casa.

—El distanciamiento, y no sólo en lo geográfico, se había hecho completo desde hacía algunos años —respondió Baxter—. Pero, a pesar de todo, no puedo olvidar lo que él hizo por mí en aquella época.

—El hombre que olvida a su benefactor merece ser despreciado por sus semejantes — dijo Koye, sentenciosamente—. No obstante, tengo entendido que la policía de San Francisco de California es altamente eficaz. Al menos, si hemos de creer a la televisión.

Baxter sonrió.

—La cosa está más complicada de lo que parece, Tim —manifestó—. Harrigan apareció muerto en su despacho. Las ventanas, por la noche, quedaban protegidas por fuertes rejas. La puerta estaba cerrada con llave, por dentro. No había la menor huella y nadie, según la servidumbre, entró en el despacho, después de las diez de la noche. Pero al señor Harrigan le pegaron un tiro en la cabeza.

—¿No se oyó el disparo?

—Probablemente se empleó un silenciador, pero eso es lo de menos. Al pie de las ventanas está la tierra blanda del jardín y no se han apreciado huellas. Por otra parte, los cristales están intactos, lo cual significa que no se disparó desde el exterior.

—Apostaría algo a que se trata de un despacho grande, lujoso… Es posible que haya, incluso, una chimenea.

—Sí, pero el cañón es muy estrecho para que un hombre pueda descender por su interior. En todo caso, se habrían visto restos de hollín y la habitación estaba completamente limpia, a excepción de la ceniza de un par de cigarrillos que se había fumado la víctima, y la sangre que manó de la herida.

—Un caso muy complicado, señor —opinó Koye.

—Así es, porque ni siquiera se puede apuntar la posibilidad de que el asesino cerrase por fuera, después de cometido su crimen. El mayordomo aseguró que la puerta no tenía puesta la llave cuando él se despidió de Harrigan.

—Entonces, ¿dónde estaba la llave?

—Ese es uno de los puntos más oscuros del asunto, porque la llave no ha aparecido en la habitación. Se cree que el asesino se la llevó consigo, pero, en tal caso, ¿cómo cerró, si es que salió por la puerta? Y si no fue así, ¿por dónde escapó, teniendo en cuenta que se trataba de una estancia completamente cerrada?

—Parece que el señor conoce bien el escenario del crimen.

—Sí, estuve allí hace algunos años y Harrigan en persona me enseñó sus sistemas de protección, los cuales, según creo poder deducir, no han variado desde entonces. Pero lo importante del caso es que su hija ha sido desheredada y piensa impugnar el testamento que atribuye a la Fundación Harrigan toda la fortuna del difunto.

—Una fortuna cuantiosa, supongo, señor.

—Doscientos millones, Tim. Koye tosió.

—He terminado, señor. Con el permiso del señor, ¿puedo tomarme una copa? El señor ha mencionado una cifra mareante.

Baxter se echó a reír, a la vez que abandonaba la mesa de masaje. Envuelto parcialmente en una toalla, se encaminó hacia el baño.

—Mi amigo Harrigan, en efecto, era riquísimo —convino—. Pero no acabo de comprender que desheredase a su única hija. Le conocía

lo bastante bien para saber que no haría jamás, una cosa semejante. Pudo dejar gran parte de su fortuna a esa fundación benéfica, pero jamás dejaría en la indigencia a la hija a quien tanto amaba.

—¿Conocía el señor a la hija de Harrigan?

Baxter se volvió desde la entrada del cuarto de baño.

—La última vez que la vi, hace diez años, ella tenía once y era una preciosa chiquilla — contestó—. Ahora, me imagino, debe de ser una belleza.

—Seguro —rió Koye—. En esta clase de asuntos, el señor es todo un entendido.

Mientras el agua caía sobre su cuerpo, Baxter pensó en el misterio que representaba la inesperada muerte del hombre que diez años antes había sido su amigo. Pero aún más que el enigma de un asesinato cometido en una habitación completamente cerrada, le preocupaba el hecho de que Harrigan hubiera desheredado a su hija.

—Esto es algo que él jamás hubiera hecho, por muchos motivos que Marion le hubiera dado para ello —murmuró poco después, mientras se secaba,

A la mañana siguiente, recibió un grueso sobre, que contenía recortes de periódicos y revistas gráficas, todos ellos con noticias relativas a Harrigan.

Uno de los recortes, sin embargo, se refería a Marion, la hija del asesinado. Marion, una hermosa muchacha de pelo intensamente negro, aparecía en una fotografía junto a un apuesto joven de unos treinta años, llamado Paul Forrester. El pie del grabado aseguraba que Marion y Forrester estaban prometidos y se iban a casar muy pronto.

Capítulo II

DESDE la terraza de su habitación, en el lujoso hotel donde se hospedaba, Budd Baxter contemplaba el fantástico espectáculo de la bahía de San Francisco, con el puente Golden Gate casi en primer término. Era de noche y las luces del alumbrado público y de los vehículos que cruzaran el puente sin interrupción, componían una fantástica sinfonía de colores rojo y blanco.

A lo lejos se oyó la sirena de un barco que se disponía a entrar en la bahía. Al otro lado del puente, un poco más allá de Punta Caballo, pero antes de Sausalito, se hallaba la mansión de Harrigan. La distancia, sin embargo, resultaba excesiva para ver la casa a ojo desnudo y menos durante la noche.

De pronto sonó el teléfono. Baxter abandonó su puesto de observación y entró en la sala.

Levantó el aparato. La telefonista del hotel dijo:

—Su comunicación, señor.

—Gracias, señorita. —Baxter oyó al otro lado de la línea una voz masculina y contestó—: Deseo hablar con la señorita Harrigan, por favor. Dígale que soy un viejo amigo de su padre.

—Bien, señor…

—Baxter, de Nueva York.

El joven esperó cosa de medio minuto. Una voz femenina resonó, a poco, en sus oídos:

—¿Señor Baxter? Soy Marion Harrigan. ¿Qué desea? Le ruego que sea breve; en las actuales circunstancias no me siento inclinada a hablar durante mucho rato.

—Lo comprendo, señorita Harrigan. Pero dígame, ¿no le suena mi nombre?

—En absoluto. Nunca he oído hablar de usted.

El joven meditó un segundo. Habían pasado diez años desde que conociera a Marion Harrigan. Sólo se habían visto en una ocasión. Era lógico que ella le hubiese olvidado.

—Señorita Harrigan, lo que tengo que decirle no se puede confiar a través del teléfono

—manifestó—. ¿Puede concederme una entrevista mañana, a la hora que estime más conveniente?

Marion dudó un instante.

—Le concederé quince minutos, a las diez de la mañana; es todo lo

que me permiten mis compromisos —dijo al cabo.

—Perfectamente, quince minutos. ¡Mil gracias, señorita Harrigan!

Baxter colgó el teléfono y encendió distraídamente un cigarrillo. Luego tomó una revista que había sobre una mesa.

Era un *magazine* sensacionalista, sobre crímenes y sucesos de importancia. La muerte de Harrigan poseía la suficiente importancia como para dedicarle cuatro páginas, con numerosas fotografías. En el reportaje se incluían declaraciones del oficial de policía encargado del caso, así como de algunas personas que, por diversos motivos, habían tenido relación con el difunto. También había un breve espacio destinado a Thea Ephstone, directora de la Fundación que iba a beneficiarse con el importante legado de doscientos millones de dólares.

La señora Ephstone declaraba que era muy justo que la hija de Harrigan tratase de impugnar el testamento, pero que, a su juicio, la última voluntad del difunto estaba lo suficientemente clara para que no quedasen dudas sobre el particular.

Para Baxter, sin embargo, sí había muchas dudas. Era posible admitir que Harrigan hubiese destinado una importantísima suma a la Fundación, pero, por nada del mundo, creería que el difunto había sido capaz de dejar a su hija sin un centavo.

Tras la lectura, se desvistió y se metió en la cama. Un minuto más tarde, dormía profundamente.

* * *

De repente, despertó.

No estaba solo en el dormitorio. Alguien había entrado subrepticiamente y no por la puerta, que él había cuidado de cerrar con llave.

Entreabrió los ojos. Una silueta oscura se acercaba, en silencio, a la cama.

Algo brilló en la oscuridad del dormitorio. Cuando el puñal caía sobre su pecho, Baxter rodó velozmente a un lado y se dejó caer sobre el suelo alfombrado.

El intruso lanzó una interjección de cólera. Con la agilidad de un felino, Baxter se puso en pie. El asesino se abalanzó contra él.

Baxter alzó el brazo izquierdo y separó el de su adversario. Al mismo tiempo, adelantaba el pie derecho y metía el brazo del mismo lado, hasta alcanzar la espalda de su enemigo. Instantáneamente, realizó el tercer movimiento de la *taki-otoshi* o cascada, colocando sus pies tras los del asesino, para hacerle perder el equilibrio hacia atrás.

Pero el otro resistió, haciendo fuerza con el abdomen y se inclinó

hacia adelante. En el acto, Baxter comprendió que se hallaba luchando contra un entendido. No obstante, consiguió girar hacia su izquierda, dando media vuelta, con lo que el asesino resultó lanzado en una clásica caída. Baxter cayó de espaldas, mientras el otro rodaba todavía por el aire.

La lucha se desarrollaba en el más completo silencio. Baxter se levantó agilísimamente.

De pronto, su atacante realizó algo inesperado: disparó el puño derecho.

Baxter reaccionó algo tardíamente. El golpe lo derribó de espaldas. Por un instante, creyó que el asesino se iba a arrojar sobre él, pero, de forma inesperada, el intruso dio media vuelta y corrió hacia la terraza.

Ahora, Baxter tenía los ojos habituados a la oscuridad. Así pudo ver al asesino que corría disparado hacia la terraza. Aunque estaba un tanto aturdido, logró ponerse en pie.

El asesino alargó las manos y se asió a un cable que colgaba de lo alto. Baxter lo vio suspendido en el vacío, pero, de repente, el hombre se precipitó en el vacío lanzando un alarido desgarrador.

Baxter se quedó atónito. ¿Qué le había pasado a aquel desdichado?

Un horrible sonido subió desde la calle, situada a catorce pisos de distancia. Durante unos segundos, Baxter no supo qué hacer.

De pronto, vio algo que brillaba sobre la alfombra.

Era el arma que no había podido ser utilizada contra él. Tratábase de una navaja de resorte, de afilada hoja. Tras unos segundos de indecisión, Baxter pensó que lo mejor era hacerse el desentendido.

Alguien conocía ya su presencia en San Francisco y había estimado que podía resultar un estorbo. Baxter se dijo que, en lo sucesivo, no dejaría abierta la puerta corredera que daba a la terraza.

Volvió a la cama. Lo que iba a pasar a partir de aquel momento, era asunto de la policía. Ya se enteraría, por los periódicos, de la identidad del frustrado asesino. No obstante, el sueño tardó bastante en cerrar sus párpados.

* * *

La cancela que permitía el acceso a la propiedad era accionada eléctricamente. Baxter cruzó la entrada, a bordo del coche que había alquilado para su estancia en San Francisco y siguió adelante por una avenida flanqueada por castaños de frondosa copa. La mansión surgió casi de repente ante sus ojos, grande, un poco sombría, excesivamente lujosa para los gustos del visitante.

Un hombre abrió la puerta principal apenas se hubo apeado del coche.

—¿Señor Baxter? Soy Japhet, el mayordomo. La señorita Marion le aguarda en la biblioteca —declaró.

—Gracias.

Baxter conocía bien la casa. El aspecto no había variado en diez años. Tal vez se habían agregado un par de cuadros a la decoración, pero el interior seguía teniendo la misma apariencia pesada y recargada que tanto había agradado al difunto propietario.

El mayordomo abrió la puerta y le anunció en voz alta. Una hermosa joven, de largos cabellos negros, se puso en pie en el acto.

—¿Cómo está, señor Baxter? —dijo la muchacha.

El la miró fijamente. ¿De veras no le recordaba Marion?

—Lamento verme obligado a saludarla en tan tristes circunstancias, señorita Harrigan

—manifestó con voz neutra—. Créame, fui buen amigo de su padre y he sentido infinitamente su muerte.

—Gracias, señor Baxter. ¿Puedo saber, ahora, cuáles son los motivos de su visita?

—Se lo diré con toda claridad: quiero encontrar al asesino de su padre. Marion sonrió imperceptiblemente.

—¿Qué le impulsa a intentar una cosa semejante? —inquirió.

—Hace diez años, su padre prestó un inmenso favor a un muchacho inexperto y alocado —contestó el visitante—. Ya entonces había una excelente amistad entre ambos, a pesar de la diferencia de edades, pero dudo mucho de que otro hombre hubiera hecho por mí lo mismo que su padre.

—Creo que le comprendo, pero debe permitirme que le diga que usted me resulta absolutamente desconocido. ¿Acaso es usted detective privado?

—No. Poseo… un negocio en Nueva York, aunque, como le he dicho, deseo aclarar las circunstancias en que murió su padre. Mi amigo, no lo olvide, señorita— Harrigan.

Marion hizo un gesto con las manos.

—No puedo impedirle que actúe, si bien debe saber que el caso está en manos de la policía. ¿Podrá mejorar usted la actuación de los agentes de la ley?

—¿Quién sabe? Pero, además, hay otro problema.

—¿Sí?

—Señorita, conocí bastante bien a su padre. Sé cuánto la quería a usted. Phil, permítame que lo llame así, no la hubiera desheredado a usted. Eso es algo que jamás habría hecho, al menos en estado normal.

—El testamento es suficientemente claro al respecto, aunque, me imagino, usted debe estar enterado de que pienso impugnarlo.

—Hará bien, desde luego. ¿Tiene abogado?

—Sí. Mi prometido, Paul Forrester, se encarga del asunto. Tal vez le decepcione, aunque no puedo por menos de agradecerle su buena voluntad, pero en este asunto usted no puede hacer nada, señor Baxter.

Marion consultó su reloj.

—Perdón —añadió—; tengo que salir para una entrevista muy urgente. No puedo seguir atendiéndole…

—Un momento, por favor —rogó Baxter—. ¿Me permite una llamada telefónica? Será muy corta, se lo aseguro.

Ella indicó el teléfono, situado sobre una mesita. Baxter se acercó y levantó el aparato.

Apenas lo había hecho, oyó un ligero chasquido.

Impasible, Baxter marcó una cifra, Marion le observaba, un tanto intrigada, y vio que su visitante consultaba su reloj de pulsera. Unos segundos más tarde, Baxter sonrió, a la vez que depositaba el teléfono en la horquilla.

—Sí, llevo el reloj en punto con la hora de la costa Oeste —dijo sonriendo.

—¿Era ésa la llamada importante? —preguntó Marion, irritada.

—Sólo quería comprobar una cosa —respondió Baxter en voz muy baja—. Su teléfono está intervenido.

Marion se sintió atónita.

—¿Cómo…?

—Tengo motivos para afirmarlo —dijo él—. Y puesto que usted tiene prisa en acudir a su cita, voy a dejarla libre. Si necesita algo de mí, me hospedo en el Gateview. Gracias por haber accedido a recibirme, señorita Harrigan.

De repente, Marion corrió hacia el joven.

—Aguarde un momento —pidió—. ¿Por qué habrían de intervenir mi teléfono? ¿Quién puede tener interés en conocer lo que digo en mis llamadas telefónicas?

—Alguien asesinó a su padre y usted ha sido desheredada. El asesino cometió su crimen por dinero. Lógicamente, no quiere ser descubierto y no tiene tampoco interés en que usted consiga la impugnación del testamento. Por tanto, le conviene estar enterado del menor de sus pasos.

—¡Dios mío…! —Marion se pasó una mano por la frente—. Hay cosas que no acabo de entender…

—Algún día las comprenderá. ¡Adiós, señorita Harrigan!

Baxter abandonó la biblioteca. Cuando llegaba al vestíbulo, apareció el mayordomo.

—Señor…

—Japhet, ¿podría usted facilitarme la dirección del lugar donde se

halla la Fundación Harrigan?

El mayordomo pareció sorprenderse de la pregunta.

—Bien, señor… La Fundación no ha empezado todavía a funcionar, aunque sí puedo decirle dónde reside la que será su directora.

—Thea Ephstone, me parece recordar.

—En efecto, señor. La señora Ephstone reside en el 410 de la calle Montgomery. Ella le dará más datos, sin duda, acerca de la Fundación.

—Mil gracias, Japhet.

Baxter volvió al coche. Cuando regresó al hotel, se encontró con un policía que le estaba aguardando hacía rato.

—Soy el sargento Brunnig, señor Baxter. Esta noche se ha producido un deplorable suceso en el hotel y desearía hacerle algunas preguntas sobre el particular —manifestó el policía.

—¿Algún robo? —dijo Baxter, fingiendo ingenuidad.

—Tal vez el muerto quería robar, señor. Se sabe que intentó descolgarse desde el parapeto de la terraza superior, pero falló en su intento y cayó a la calle. En su caída debió de pasar ante la terraza de su habitación. Quizá usted oyó algo…

—Pues, no; tengo el sueño muy pesado. Lo siento, sargento; créame que es la primera vez que me entero de lo sucedido.

—Muchas gracias, señor Baxter. Permítame una pregunta, por favor.

—Desde luego, sargento.

—¿Piensa permanecer muchos días en San Francisco?

—Una semana, aproximadamente. No depende del todo de mí. Negocios, ¿comprende?

—Sí, señor.

Brunnig se marchó. Baxter cruzó el vestíbulo, donde había tenido lugar la breve conversación y subió a su dormitorio.

El hotel era muy grande, pensó. La caída del asesino frustrado no se había producido por mero accidente.

Alguien le había ayudado desde la terraza. Pero luego, al ver desde arriba que el sujeto emprendía la retirada, había cortado la cuerda.

¿Cortar la cuerda?

—No —se dijo en voz alta—, porque entonces la policía no pensaría en un accidente. Lo más seguro es que estuviese sujeta a algún gancho por medio de un nudo marinero, fácil de soltar de un simple tirón del cabo superior. La cuerda, así, cayó con el supuesto ladrón a la calle. Y de este modo, prevalece la tesis del accidente.

Muy hábil, muy ingenioso, pensó.

* * *

Thea Ephstone era una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, alta, de formas rotundas y pelo que parecía un casco de oro. Vestía con singular elegancia, aunque con la suficiente discreción para no ofrecer un aspecto detonante. Desde su coche, Baxter vio a la mujer que salía de su domicilio y subía a uno que ya le estaba aguardando junto a la acera.

El chófer uniformado cerró la portezuela y se sentó tras el volante. Baxter siguió al «Cadillac» "negro. Un cuarto de hora más tarde, la hermosa señora Ephstone se detuvo ante un lujoso edificio de oficinas comerciales.

Baxter empleó, cinco minutos después, dos billetes de diez dólares. Así supo, por el conserje del edificio, que la señora Ephstone se había dirigido a una importante firma de abogados: Colmer, Colmer & Branston. El conserje, estimulada su locuacidad por los veinte dólares, añadió que la firma de abogados se encargaba de administrar los bienes de Harrigan.

Baxter volvió a la calle. Sería cosa de entablar conocimiento con la bella señora Ephstone. Pero sin prisas. A su debido tiempo.

Regresó al hotel. El recepcionista le entregó una carta.

—Para usted, señor Baxter.

—Muchas gracias.

Baxter rasgó el sobre. Dentro había una cuartilla, con un breve pero significativo mensaje:

«Anoche tuvo suerte. Quizá haya sido mejor así. Tómelo como un aviso amistoso y regrese a Nueva York.»

Sonrió, mientras guardaba el mensaje en uno de sus bolsillos. Subió a su habitación y pidió una llamada de larga distancia.

Un minuto después, hablaba con Denis Gray:

—Necesito informes sobre una firma de abogados de San Francisco: Colmer, Colmer & Branston. También quiero datos de Paul Forrester. Te llamaré mañana. Si la información resulta extensa, envíame una carta.

—De acuerdo —contestó Gray.

Baxter se dirigió, a continuación, hacia la terraza. Sausalito apenas si se veía, envuelto en la bruma. Más cerca, casi en medio de la bahía, se divisaba la isla de Alcatraz. Todavía, abandonados, se veían los edificios del que fuera famoso presidio federal.

Miró hacia abajo y se estremeció. ¿Qué había pensado el hombre que quiso matarle, en su brevísimo viaje hacia la muerte?

Capítulo III

DE repente, a las siete y media de la tarde, sonó el teléfono. Era Marion Harrigan.

—¡Señor Baxter, ahora ya sé quién es usted! —exclamó la muchacha.

—¿De veras?

—Se lo aseguro. No sé cómo, pero le he recordado de repente. Mi padre nos presentó hace diez años. Sé que dijo que usted era uno de sus mejores amigos…

—¿Dónde nos vimos, Marion?

—Mi padre fue a recogerme al colegio donde yo estaba interna. Usted le acompañaba. Hicimos el viaje juntos hasta casa y comimos los tres. No sé cómo he podido olvidarme…

Baxter sonrió.

—Celebro mucho su súbita vuelta a la memoria —dijo—. Ahora ya sé que no es una impostora.

—¿Cómo? ¿Había sospechado…?

—Bien, era lógico sospechar, pero sólo la auténtica Marion Harrigan podría dar tantos detalles del día en que nos conocimos. Ahora se dará cuenta de la sinceridad de mi ofrecimiento.

—Sí, ya lo sé y me gustaría verle de nuevo. ¿Mañana?

—Desde luego, aunque no le garantizo la hora en que acudiré a visitarla. Espero una llamada muy importante desde Nueva York, pero iré a su casa en cuanto esté libre.

—Gracias. Yo permanecer en casa todo el día.

—Marion, ¿ya no recuerda que su teléfono está intervenido?

—Es cierto, no lo olvido por un solo instante. Por eso mismo le llamo desde el Duvalier.

He salido a cenar con mi prometido.

—Celebro que haya tomado precauciones. Hasta mañana, Marion.

Las cosas mejoraban, pensó Baxter. Y seguirían mejorando, aunque no debería echar en saco roto la advertencia que le había sido hecha el mismo día.

Doscientos millones de dólares eran una suma capaz de tentar al más honesto. ¿Quién quería desposeer a Marion de lo que legítimamente le pertenecía?

Bajó a cenar al comedor del hotel. Cuando terminó, fue al bar, buscó un rincón discreto e hizo que le sirvieran café y coñac. Así

entretuvo un poco el rato, hasta la hora de ir a la cama.

Antes de acostarse, echó el pestillo a la puerta corredera de la terraza. Poco después, apagó la luz.

Denis Gray le llamó a las nueve de la mañana del día siguiente. Había bastante información sobre la firma de abogados y Paul Forrester, por lo que, tras hacerle un rápido resumen de lo averiguado, había decidido enviarle un sobre con todos los datos conseguidos. Baxter agradeció la llamada y luego se dispuso a salir de su habitación.

Japhet le recibió en la puerta de la mansión. Baxter estudió discretamente al individuo. Tenía el aspecto clásico de mayordomo de gente encopetada. Posiblemente, conocería muchos secretos del difunto. Sería cosa de hablar en alguna ocasión con él, aunque por el momento era preferible que Marion le informase personalmente de algunos datos que ignoraba.

La muchacha se hizo visible momentos después. Marion vestía sencillamente, con el rostro limpio de maquillaje. A Baxter le pareció, así, mucho más atractiva.

—Has cambiado desde que tenías once años —dijo, sonriendo, mientras tomaba su mano.

Marion sonrió también.

—Le había olvidado por completo —manifestó—. Debe disculparme, señor Baxter…

—Budd, por favor —pidió él—. Así me llamabas en la única ocasión que tuvimos de vernos.

—Como quieras. ¿Por dónde empezamos?

—¿Puedo ver… la escena del crimen?

—Claro. Sígueme, por favor.

Marion le condujo al despacho; una impresionante estancia decorada con valiosos cuadros y maderas caras en las paredes, Detrás de la gran mesa de trabajo había dos ventanas, altas y alargadas, con vidrios en cuadrículas de pequeñas dimensiones.

Ella señaló el sillón que había tras la mesa.

—Ahí lo encontraron —indicó.

—Tengo entendido que el despacho estaba cerrado con llave por dentro, cosa poco corriente en tu padre.

—Nada corriente. Jamás se cerró con llave, que yo recuerde. Aquella noche, papá dijo a Japhet que trabajaría hasta muy tarde. El mayordomo trajo café y se retiró. Por la mañana fue a despertarle a su dormitorio, pero encontró la cama intacta. Supuso que se habría quedado dormido en el despacho, pero al intentar abrir, no pudo conseguirlo. Entonces, salió al jardín y atisbo a través de una de las ventanas. Entonces lo vio muerto.

—¿No pudo entrar por la ventana, rompiendo un cristal?

—No. Toda la casa tiene protección de rejas que se ocultan en el muro durante el día. Cada una de las ventanas tiene su propio mecanismo, idéntico al de la puerta de acceso al recinto.

—Comprendo. La reja estaba echada…

—Y no había ningún cristal roto por la bala. Baxter frunció el ceño.

—¿Sabes si tu padre guardaba la llave en alguna parte? —preguntó.

—No tengo la menor idea —respondió ella—. Como te he dicho, jamás se cerró con llave. Simplemente, cuando quería estar solo o recibía alguna visita, lo indicaba, y nadie le molestaba hasta que tocaba el timbre.

—Sin embargo, debía de haber una llave en alguna parte y el asesino lo sabía. Ella hizo un gesto con las manos.

—Todo eso es completamente nuevo para mí, Budd.

Baxter se acercó a una de las ventanas. La reja estaba escondida en el hueco del muro.

—¿Quieres enseñarme cómo funciona el mecanismo de cierre? —solicitó.

Marion se acercó a la ventana y tocó un ángulo de una de las molduras, en un panel de roble. Baxter se fijó en que el resorte era invisible, a menos que se conociera su existencia previamente.

La reja se deslizó silenciosamente, hasta quedar en su puesto. Baxter apreció que era de sólidos barrotes de acero. Un ladrón no podría entrar fácilmente en la casa, aunque sí podía hacer fuego desde el exterior.

—Sin embargo, la bala no rompió ningún cristal —dijo, en voz alta —. Lo cual significa que el asesino cometió su crimen en el interior del despacho.

—Así tuvo que ser. El forense declaró que la muerte se había producido alrededor de las dos de la madrugada. Yo vine a las tres, y no, observé nada de particular. Japhet fue el primero que me dio la terrible noticia…

Baxter agarró, con una mano, el brazo de la muchacha, a fin de darle ánimos.

—No sigas —dijo.

Marion inspiró fuertemente.

—No te preocupes por mí —contestó—. ¿Qué más tienes que decirme?

—Creo que no se encontraron huellas al pie de la ventana. No podemos pensar que el asesino poseía la facultad de moverse en el aire.

—Las únicas huellas que se encontraron fueron las de Japhet. La

policía comparó sus pisadas, impresas en la tierra húmeda del pie de la ventana, pero no podemos acusarle siquiera. Por otra parte, resulta perfectamente comprensible que, al no recibir respuesta cuando llamó a la puerta, diese la vuelta por el exterior, para ver qué sucedía.

—Sí, es lógico. Marion, me gustaría ver el despacho desde el lugar donde se supone estuvo el asesino.

—Claro. Ven, por favor.

Marion se dirigió hacia la salida. Baxter pudo apreciar que el antepecho de la ventana quedaba a cosa de metro y medio del suelo. Un hombre podía hacer fuego sin dificultad desde el exterior, pero el enigma estribaba en que el disparo había sido efectuado en el despacho.

De pronto, Baxter observó una especie de comisa que sobresalía del muro cosa de veinticinco centímetros, situada a unos sesenta centímetros del suelo. Aquella cornisa, pensó, señalaba la divisoria entre el suelo de la casa y la planta inferior, que debía de ser un sótano.

Impulsivamente, alargó un pie y se situó sobre la cornisa. Luego, muy despacio, de espaldas a la pared, fue deslizándose hasta situarse junto a la ventana.

—Esto podría aclarar la falta de huellas —dijo, mirando a la asombrada muchacha—.

Pero tropezamos con el enigma de que la bala no rompió ningún cristal.

—El asesino cometió su crimen en el despacho —insistió ella.

Baxter se agarró a los barrotes para mirar al interior con más comodidad. Entonces apreció un detalle que le hizo sentirse muy pensativo.

Al cabo de unos momentos, saltó nuevamente al suelo.

—Ahora tendríamos que hablar de otra cosa —dijo.

—¿Sí?

—El testamento.

Marion apretó los labios.

—Dije que lucharía por lo que consideraba mío, pero lo veo muy difícil —contestó—. La ejecución del testamento está pendiente de algunos trámites legales, pero en cuanto se declare efectivo, yo tendré que marcharme de la casa con lo puesto.

Baxter se quedó con la boca abierta.

—Pero… tú dijiste…

—Sí, eran unas declaraciones destinadas a los periodistas. Sin embargo, la directora de la Fundación ha tenido la delicadeza de no expresar los motivos de mi desheredamiento.

—No comprendo en absoluto, Marion.

—Lo entenderás fácilmente cuando sepas que no soy la hija de Philip K. Harrigan — respondió Marion, dramáticamente.

Sobrevino una pausa de silencio.

De repente, se oyó una voz en las inmediaciones:

—¡Marion! ¡Marion! La muchacha se volvió.

—Estoy aquí, Paul —contestó.

Un hombre joven, apuesto, de unos veintiocho años, apareció por la otra esquina de la casa.

—Japhet me dijo que estabas en el jardín, con un visitante…

—Paul, te presento al señor Baxter, un antiguo amigo de papá — dijo la chica—. Budd, Paul Forrester, mi prometido.

—¿Cómo está, señor Baxter? —saludó el recién llegado.

—Es un placer —sonrió el visitante—. Marion, me figuro que querrás estar a solas con tu futuro esposo. Volveré en otro momento, para seguir hablando del particular.

Ella dudó un instante. Al fin, tendió la mano a Baxter.

—Cuando gustes, Budd —contestó.

Baxter se encaminó hacia su automóvil. Detrás de él sonó la voz de Forrester, cálida, apasionada:

—Marion, quiero que sepas que tu situación actual no ha alterado en nada mis sentimientos hacia ti…

Baxter se sentó tras el volante. Los dos jóvenes habían quedado al otro lado de la esquina. De pronto, Baxter vio al mayordomo en la puerta de la mansión.

Inmediatamente, se apeó del coche. Levantó la tapa del motor y fingió examinar en el mismo. Japhet se le acercó, solícito.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —se ofreció.

—Japhet, necesito hablar con usted, pero no aquí. Me hospedo en el Gateview. Llámeme allí cuando pueda salir sin compromisos, pero no use el teléfono de la casa. ¿Ha comprendido?

El mayordomo pareció sorprenderse de la insólita petición, aunque reaccionó en el acto.

—Sí, señor. Si no tiene inconveniente, mañana es mi día libre…

—No se hable más, Japhet. Hasta mañana.

Baxter bajó la tapa del motor y sonrió anchamente.

—No es nada. Simplemente, soy un poco aprensivo y me preocupo enseguida, apenas oigo el menor ruido extraño —dijo.

Veinte minutos más tarde, atravesaba el puente de la Puerta de Oro. ¿De dónde diablos habría sacado Harrigan la noticia de que Marion no era hija suya?

Baxter recordaba muy bien la escena ocurrida diez años antes. Entonces, Harrigan era todo mieles con una chiquilla de once años, a

la que parecía adorar. ¿Por qué, diez años más tarde, la desheredaba, so pretexto de que no era su hija?

Y aunque fuese verdad, continuó sus reflexiones. Marion había vivido durante veintiún años, considerada como la hija de Harrigan, querida por éste y disfrutando de su inmensa fortuna. Aun no siendo efectivamente la hija, ¿era suficiente para no dejarle siquiera una modesta manda en el testamento?

Quizá la firma de abogados Colmer, Colmer & Branston podrían aclararle algunos puntos oscuros sobre el sorprendente testamento. Pero antes prefería esperar a que llegasen los informes que Gray le había enviado por correo.

Cuando pasaba por recepción, le entregaron un sobre. Baxter lo abrió y sacó una cuartilla plegada en dos dobleces. La cuartilla contenía un mensaje:

«Si desea obtener datos acerca de la verdadera identidad de Marion Harrigan, acuda esta noche, a las once, al número 618 de la calle Rhowdell. Estamos en condiciones de ofrecerle una buena información.»

Sonriendo, Baxter guardó la cuartilla en uno de los bolsillos de su chaqueta. Aquella entrevista podía resultar muy interesante, en efecto.

* * *

A las cinco de la tarde, Gray le llamó desde Nueva York.

—Budd, creo que tengo una buena noticia para ti. ¿Recuerdas a Harry Lance?

—Sí, desde luego.

—Ahora está en San Francisco. Hoy me encontré con un viejo conocido suyo, el capitán Bruddenton. No sé cómo salió en la conversación, pero el policía me dio esa información. Lance, alias *el Fino*, está en San Francisco desde hace unos tres años. Quizá pueda servirte en algo.

—Es posible. ¿Tienes su dirección?

—No, aunque Bruddenton me dijo que suele acudir a diario a un lugar llamado Red River. Es todo lo que sé, Budd.

—Bien, gracias, Denis.

Baxter pensó que el Fino podría ayudarle, en efecto. Por el momento, sin embargo, tenía cosas más importantes entre manos.

Poco antes de la cena, bajó a la primera planta y se encaminó al bar. Pidió un martini y lo saboreó distraídamente. De pronto, vio cerca de él una cara conocida.

Thea Ephstone, la bella directora de la Fundación Harrigan, hablaba animadamente con un sujeto de unos cuarenta años, de sienes

algo canosas y elegante indumentaria. Thea parecía vestida para asistir a una fiesta. El escote de su vestido era realmente algo digno de admiración.

Al cabo de unos minutos, el hombre se marchó.

—Te llamaré mañana, Thea —se despidió.

—Cuando gustes, Grant.

Al quedarse sola, Thea abrió su bolso y sacó una costosa pitillera de plata. Cuando se ponía el cigarrillo en los labios, una mano acercó la llama de un encendedor.

Ella inhaló el humo y miró, sonriente, al galante caballero que le había encendido el cigarrillo.

—Muchas gracias —dijo.

—Hubiera querido acercar la llama a una hoguera, en la que estuviese atado el hombre que ha dejado sola a una mujer tan hermosa —contestó Baxter.

Thea arqueó las cejas.

—¿Cómo sabe que me ha dejado sola? —preguntó.

—Salta a la vista, ¿no?

—Puedo estar esperando a otra persona.

—Entonces, voy corriendo a buscar la leña para la hoguera. Ella se echó a reír.

—Es usted muy fogoso, señor…

—Baxter, George Washington Baxter, pero todos me llaman Budd, señora.

—Soy Thea Ephstone y le aseguro que no hay motivos para que encienda ninguna hoguera, señor Baxter,

—¿Sabe, acaso, si no me estoy quemando ya?

—Que yo sepa, no despido calor suficiente…

—Toda usted es fuego puro, señora Ephstone. Ella le miró críticamente unos segundos.

—Si continúa así, tendré que llamar a los bomberos —dijo, al cabo. Se apeó del taburete.

—Pero quizá pueda apagar yo ese fuego… aunque no hoy, precisamente —añadió, con ojos llenos de promesas—. Tengo un compromiso ineludible, señor Baxter. ¿Se hospeda usted en este hotel?

—Así es, señora Ephstone.

—Gracias, buenas noches.

Thea se marchó. Baxter se acodó en el mostrador, mientras contemplaba cómo se alejaba la hermosa mujer. Thea era la directora de la Fundación Harrigan, una entidad que iba a recibir la apetitosa suma de doscientos millones de dólares. ¿Cómo había conseguido Thea aquel atractivo nombramiento?

Empezó a pensar que le convenía hablar con el Fino. Harry Lance tenía una cualidad muy apreciable: antes de una semana de establecerse en cualquier población, ya conocía al dedillo la vida y milagros de sus más conspicuos ciudadanos.

Capítulo IV

MINUTOS antes de las once de la noche, Baxter se detuvo a unos cien metros del lugar de la cita. La calle Rhowdell estaba situada casi en los suburbios y las casas, de una o dos plantas por lo general, estaban rodeadas por un jardín. Lentamente, con el aspecto de un transeúnte cualquiera, se acercó al número 618.

Las luces de la casa estaban encendidas. Baxter oteó el edificio desde la acera, a unos veinte pasos de distancia. Luego, sin prisas, caminó por el sendero hasta alcanzar la puerta.

Presionó el botón del timbre. Las luces se apagaron instantáneamente.

Baxter se lanzó fuera de la puerta y quedó tendido en el suelo. Dentro de la casa, se oyeron media docena de ruidos muy apagados. Saltaron astillas de la madera. La arena del sendero voló por los aires.

Un segundo después, Baxter se tendió ante la puerta y emitió un sonido quejumbroso.

Roncó un poco y se calló.

Alguien abrió.

—¡Está listo, tú! —dijo.

—Vamos a entrarlo. Luego lo llevaremos a la bahía —contestó otro sujeto.

Baxter se dejó arrastrar al interior de la casa. Alguien encendió una luz. Entonces, Baxter se puso en pie de un salto.

Los dos individuos se quedaron petrificados por la sorpresa.

—¡Hola! —sonrió Baxter.

De súbito, uno de ellos sacó su pistola. En el acto, Baxter, que había intuido el movimiento, ejecutó un velocísimo salto de *karate volador* o *Tae kwon do*. La patada frontal, *Ap cha ki* alcanzó de lleno su objetivo, pero, todavía en el aire, mientras caía, Baxter movió la otra pierna en *Yop cha ki*, o patada a la cintura. Como su adversario estaba cayendo, recibió un segundo golpe en la frente.

Los huesos crujieron horriblemente. El individuo quedó fulminado, con el frontal espantosamente hundido por dos golpes recibidos en menos de un segundo. In— mediatamente, Baxter se volvió hacia el otro.

Pero había perdido un tiempo precioso. El superviviente corría desalado hacia el exterior. Cruzó el jardín diagonalmente, atravesó un seto de un enorme salto y desapareció en las tinieblas del otro lado.

Baxter desistió de la persecución. Desconocía la zona y no quería exponerse a una segunda emboscada. Sacó un pañuelo y cerró la puerta. Luego corrió las cortinas \ encendió las luces.

El muerto yacía en el suelo, boca arriba. Dos hilos de sangre brotaban de su nariz. Los ojos miraban hacia el techo, sin ver nada.

Se arrodilló a su lado y lo registró cuidadosamente. Lo único que encontró fue un permiso de conducción a nombre de William Bull y un rollo de billetes que, sumados, sumaban alrededor de quinientos dólares.

«Asesinos pagados», pensó.

¿Por quién?

Para conseguir más pistas, registró la casa, sin encontrar nada de particular. Al terminar, llegó a la conclusión de que era una vivienda deshabitada, posiblemente, puesta en alquiler y arrendada solamente para la ocasión. Tomó nota del detalle; podría buscar al agente y preguntarle por el nombre de la persona que le había alquilado el edificio. No conseguiría nada; seguramente, habría facilitado una identidad ficticia, pero valía la pena realizar el trámite.

El barrio parecía silencioso y tranquilo. Nadie se daba cuenta de la breve y mortífera lucha que se había desarrollado en la casa. Baxter apagó las luces, salió de la casa y se encaminó hacia su coche.

Eran las once y media, escasamente. Podía intentar entrevistarse con el Fino.

* * *

Harry Lance, alias *el Fino*, era hombre de gustos caros. Con las dos manos calentó la copa balón, en donde una camarera había puesto una dosis de un excelente coñac. Sonreía mientras miraba al hombre que le había invitado a beber.

—De veras, Budd —dijo—; nunca me imaginé verle aquí, en San Francisco. Pero me alegro sinceramente.

—Gracias, Harry. Yo también digo lo mismo. ¿Recuerdas aquel día en que me tocó defenderte de oficio?

—¿Cómo podría olvidarlo? Usted me sacó de un mal paso…

—Dejemos eso a un lado, Harry. ¿Sabes?, ya no ejerzo. Ahora tengo otro negocio. Y no soy detective, aunque pueda parecértelo. Pero necesito de un hombre como tú.

—¿Cuál es el asunto, señor Baxter?

—Harrigan, el multimillonario asesinado.

—Un misterio insoluble —dijo Lance.

—Harry, cuando se encuentra la solución, todos los misterios dejan de serlo.

—Sí, pero a Harrigan lo mataron de una forma muy poco común. ¡Oh!; no me refiero al arma, sino a la forma en que el asesino ejecutó su crimen.

—Es cierto —convino Baxter—. Nadie pudo entrar en el despacho y, sin embargo, la víctima apareció muerta de un tiro. Y no se ha encontrado el arma y… Bueno, dejemos esto a un lado. Lo que yo voy a pedirte no se refiere de un modo estricto al asesinato de Harrigan, aunque sí está relacionado con su forma. Escucha…

Baxter habló durante unos minutos. Al terminar, Lance se sentía sinceramente asombrado.

—¡Quién lo hubiera dicho! —exclamó—. Resulta difícil de creer.

—Es lo que me pasa a mí, Harry —sonrió el joven. Metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes—.

Admito que trabajes para mí por gratitud, pero no que, encima, ese trabajo te cueste dinero.

Baxter sonrió al pensar que, a fin de cuentas, tampoco gastaba su propio dinero. Los quinientos dólares que cambiaron de mano habían pertenecido al sujeto que había disparado seis tiros contra él.

—Me hospedo en el Gateview —concluyó—. Si no me encontrase allí cuando me llames, deja él recado. ¡Ah, y muévete con cautela! ¿Has oído hablar de un tal Bane Crowsee?

El Fino se sorprendió de la pregunta.

—Era un hábil escalador; un tipo capaz de entrar en cualquier parte, con la sola ayuda de una cuerda… aunque, por lo visto, el otro día le fallaron los nervios y se hizo tortilla contra el suelo.

—Crowsee entró en mi habitación, con un puñal en la mano. Afortunadamente, pude descubrirlo a tiempo, pero me derribó y consiguió escapar. Harry, a ese tipo no le fallaron los nervios; tenía un cómplice en la terraza y cuando vio que se disponía a escapar, le soltó la cuerda.

Lance silbó.

—¡Diablos!, esto parece una película de aventuras —comentó.

—Cierto, con la diferencia de que Crowsee murió en la realidad, ya que no tenía una red fuera del campo de la cámara. Bien, ¿estás impuesto de lo que debes hacer?

¿Necesitas más detalles?

—Es suficiente, jefe —respondió el Fino.

Baxter abandonó el Red River y regresó al hotel. La presencia de Lance, en San Francisco, era una afortunada casualidad. Aparte de que se trataba de un hombre capaz de hacer hablar a una piedra, su ayuda le permitiría actuar en otros terrenos, evitándole así innecesarias pérdidas de tiempo.

* * *

A las diez de la mañana del día siguiente, Baxter se detuvo ante una puerta en la que figuraba el nombre de D. White y su profesión de agente de fincas. También había una indicación precisando que se podía entrar sin llamar.

Empujó la puerta. Una mecanógrafa, con las mandíbulas en constante movimiento, le miró críticamente.

—¿Sí? —dijo.

—Deseo hablar con el señor White. La chica sonrió de un modo peculiar.

—Espere, voy a anunciarle.

Tocó la palanquita del interfono y dijo que había un cliente. Sin esperar la respuesta, movió la tecla de nuevo y señaló la puerta del fondo, en la que se veía el rótulo de PRIVADO.

—Ahí —dijo.

Baxter abrió la puerta. Una mujer, con lentes semicirculares sobre una nariz de perfil— griego, le contempló desde el otro lado de la puerta.

—Busco al señor White —manifestó el visitante.

Ella sonrió. Era joven, unos treinta años, y muy guapa.

—Yo soy, aunque le aseguro que no siento el menor deseo de cambiar de sexo. Me siento muy a gusto, mujer.

Y se puso en pie.

Baxter reaccionó de inmediato.

—Es la sorpresa más agradable que me han dado en mucho tiempo —declaró, mientras estrechaba la mano que se le tendía—. Celebro conocerla, señora White. Mi nombre es Baxter.

—Bien, señor Baxter, siéntese y dígame qué es lo que desea de mí. El joven se echó a reír.

—No quiero que me califique de sátiro —contestó—. ¿Qué se podría desear de una mujer tan hermosa como usted?

—Muchos lo desean, pero sólo uno lo consiguió.

—El señor White. Afortunado mortal —suspiró Baxter.

—Usted lo ha dicho, aunque no del todo correctamente. Fue afortunado, mientras vivió.

—Lo siento, señora…

—No sea embustero —rió ella—. Usted no lamenta mi viudez en absoluto… pero será mejor que hablemos de negocios. ¿En qué puedo servirle? ¿Tal vez quiere comprar alguna casa en San Francisco? Tengo varias ofertas, no sólo en la capital, sino en otras ciudades de los alrededores: Sausalito, Oakland…

—A mí me gustaría alquilar la casa de la calle Rhowdell, señora White.

—¡Oh, cuánto lo siento! Ya tiene un inquilino.

—¿De veras? ¿Piensa residir allí mucho tiempo? Ella dejó de sonreír.

—Señor Baxter, ¿es usted policía? —preguntó.

—No, sólo un curioso. Me interesa conocer el nombre de la persona que le alquiló esa casa.

—¿Por qué?

Antes de que pudiera contestar, sonó el teléfono. Ella levantó el aparato y escuchó atentamente.

—¿Cómo? ¿No le ha gustado? Usted pagó un mes adelantado, señor Johnson… Muy bien, como quiera. Deje las llaves puestas; yo iré luego a recogerlas. ¡Adiós, ha sido un placer…!

La señora White colgó el teléfono y miró a su visitante.

—La casa de la calle Rhowdell está libre —manifestó—. El inquilino acaba de decir que se marcha, El alquiler es de trescientos cincuenta dólares mensuales.

Baxter sacó un talonario de cheques.

—Me quedo con la casa, por un mes —dijo—. He oído el nombre de Johnson y tengo la impresión de que es conocido. ¿Cómo era, por favor?

Ella se echó a reír.

—Ese truco no cuela, pero se lo diré. Alto, quizá un poco más que usted, con abundante cabellera, gafas grandes, casi cuadradas, de montura negra, y bigote de grandes guías, caídas hacia el mentón. Daba la sensación de ser un universitario.

—Entonces, no es —contestó Baxter—, Señora White…

—¿Sí, señor Baxter?

—¿Cuál es su nombre? Sólo conozco la inicial.

—Denise. No me diga, también, que le suena.

—No, pero me gusta lo suficiente para invitarla a cenar cuando pueda.

Denise le miró fijamente. Tenía los ojos muy claros, llenos de un singular atractivo sensual. En sus treinta años mal cumplidos, pensó Baxter, había una notable experiencia amorosa,

—Eso que ha dicho usted lo dicen también muchos clientes —contestó, al cabo de un segundo de pausa,

—Y… ¿cuántos consiguen el privilegio de cenar frente a usted?

—Hasta ahora, sólo uno,

—¡Afortunado mortal! —repitió Baxter.

—Puede tenerlo por seguro: es usted un hombre afortunado —

sonrió Denise—, Resido en el trescientos ochenta de Mission Street. Venga a buscarme a las siete en punto. Y ahora, váyase; tengo trabajo.

Baxter besó galantemente la blanca" mano femenina.

—Seré puntualísimo —prometió.

Capítulo V

CUANDO regresó al hotel, encontró un grueso sobre. Subió a su habitación y se enfrascó en el estudio de su contenido. Al terminar, pudo decirse a sí mismo que ya conocía bastantes detalles de los componentes de la firma Colmer, Colmer & Branston, así como también de Paul Forrester.

Permaneció en su habitación el resto del día. Lance llamó a las cinco de la tarde.

—Jefe, ya tiene lista su carta. Está en la recepción del hotel —dijo el Fino.

—Está bien, gracias, Harry.

—Respecto al otro asunto, sigo dando pasos. Ya le avisaré, ¡Adiós!

A las siete en punto, Baxter llamaba a la puerta de la casa de Denise Gray. Ella abrió, segundos más tarde.

—Entra —dijo, tuteándole sin más—. Estaré lista dentro de cinco minutos. Sírvete, mientras tanto, algo de beber.

—Gracias.

Denise se encaminó al dormitorio. Baxter vio una botella de jerez y se sirvió dos dedos.

Había tomado apenas un sorbito, cuando Denise volvió de nuevo.

—Estás guapísima —sonrió él.

Denise llevaba puesto un traje largo, de escote más bien moderado, pero sin nada de tela en la espalda. Baxter apreció que ella poseía la suficiente esbeltez como para no usar ninguna prenda íntima debajo del vestido, a excepción, tal vez, de unos breves pantaloncitos de encaje.

—Voy a tratar de seducirte, pero después de la cena —contestó Denise—. Entonces, procuraré arrancarte los motivos por los cuales has querido alquilar la casa de la calle Rhowdell. Y la conseguiré, con ayuda de mis numerosos encantos, te lo aseguro.

Baxter abrió la puerta.

—Me sentiré encantado de dejarme seducir —dijo.

La cena resultó muy agradable. Denise era una mujer de amena conversación y gran inteligencia, según apreció Baxter. El joven supo también que el negocio había pertenecido al difunto señor White *y* que, pese a la modestia de la oficina, marchaba muy bien.

—Pero ahora puede que tenga complicaciones —aseguró ella.

—¿Por qué?

Los ojos de Denise estudiaron críticamente el rostro de su acompañante,

—¿Lo sabías ya, cuando Viniste a verme esta mañana? —preguntó.

—¿A qué te refieres, Denise?

—Vamos, vamos, no te hagas de nuevas. Después de marcharte, fui a recoger la llave de la casa de la calle Rhowdell. Encontré un muerto y tuve que avisar a la policía. He pasado un día espantoso, créeme.

—Por ahora, me niego a contestar a esa pregunta.

Hubo un momento de silencio. Luego, Denise se encogió de hombros.

—De todos modos, no pueden relacionarte con ese cadáver —dijo.

—¿Era Johnson?

—No, nunca lo había visto. Y sospecho que el nombre de Johnson es falso. Tú también lo crees así, ¿verdad?

—Eres una chica discreta, Denise. Ayer me citaron en esa casa. Dos hombres me esperaban. Uno de ellos disparó seis tiros, a través de la puerta. Me hice el muerto y me entraron en la casa. Entonces, *resucité*. El que ha aparecido allí, quiso dispararme de nuevo. Yo me defendí. Eso es todo.

—¿Te defendiste… y tenía hundido el cráneo? —exclamó ella, atónita.

—*Tae kwon do*, Denise.

—No entiendo, Budd.

—Traducido al lenguaje vulgar, significa *karate volador*.

—¡Ah, practicas…!

—Artes Marciales, en efecto. Nunca llevo armas.

—Me siento pasmada. Pero ¿por qué querían matarte?

—Termina tu postre —sonrió él—. Tengo dos entradas para una buena función de teatro.

—Estoy ardiendo de impaciencia para que termine la función.

—Entonces, empezará otra —vaticinó Baxter, a la vez que llamaba la atención del camarero.

Después del teatro, regresaron a la casa de Denise en el coche que Baxter tenía permanentemente alquilado durante su estancia en San Francisco. Cuando habían recorrido la mitad del trayecto, él dijo:

—No vuelvas la cabeza. Tengo la impresión de que nos siguen. Denise sintió un escalofrío.

—Budd, yo jamás me he visto mezclada en un lío…

—Evitaré que te hagan el menor daño —afirmó Baxter.

* * *

El coche se había parado al otro lado de la calle. Baxter sabía ya que había dos hombres en su interior.

La luz de la sala estaba apagada, pero encendida la del dormitorio. Baxter vigilaba, así, a los que le vigilaban.

—¿Siguen ahí? —preguntó Denise, desde la puerta del dormitorio.

—Allí están. No te preocupes; no subirán. Simplemente, esperan.

—¿A qué?

Baxter dejó caer las cortinillas y se volvió. A contraluz, podía divisar la espléndida silueta de Denise, cubierta con gasas transparentes.

—Esperan a que termine la función —contestó, a la vez que avanzaba hacia ella. Denise se dejó abrazar. Segundos después, las gasas caían al suelo.

—Afortunado mortal —suspiró, mientras se sentía llevada en volandas. Transcurrieron un par de horas. De pronto, Baxter consultó su reloj.

—Son las tres —dijo, mientras se ponía en pie.

Volvió a la sala. El coche con los vigilantes, continuaba en el mismo sitio. Denise se le acercó.

—Siguen ahí —murmuró.

Baxter le pasó una mano por la cintura.

—Voy a tener que darles una lección —dijo.

—¿Cómo?

—Cuando yo me haya ido, cierra con doble vuelta de llave y echa la cadena de seguridad. De todos modos, no creo que te molesten. Soy yo el que les interesa. Por cierto, ¿tienes una botella vacía? Llénala de agua y ponle un tapón.

—Muy bien.

Baxter se vistió. Momentos después, Denise se colgaba de su cuello.

—Otro día cenaremos juntos, pero en casa —murmuró, apasionadamente.

—Seguro, preciosa.

Minutos después, Baxter hacía arrancar el coche. La botella, llena de agua, descansaba en el asiento contiguo.

El automóvil se paró ante un semáforo, situado a unos trescientos metros de la casa de Denise. Cuando la luz se puso verde, Baxter arrancó de golpe. El coche perseguidor se situó a menos de veinte metros de distancia. Baxter supo así que a sus ocupantes no les importaba mostrar sus intenciones.

Aceleró. El conductor del otro automóvil imitó la maniobra.

Súbitamente, Baxter pisó el freno. Al mismo tiempo, con la mano izquierda, lanzó la botella hacia atrás, con todas sus fuerzas.

Inmediatamente, pisó a fondo el pedal del gas y el coche saltó hacia adelante, como un pura sangre al recibir el espolazo de su jinete.

La botella voló por los aires. Era un recipiente común, pero el agua contenida en su interior le confería un peso adicional. El conductor del coche perseguidor la vio venir y trató de desviarse, pero ya era tarde.

El impacto se produjo en el parabrisas. Botella y cristal se rompieron en mil pedazos. El conductor, sorprendido cuando ya iniciaba el viraje, aturdido, además, por el estruendo, trató de dominar el coche pero no lo consiguió. Al ruido del impacto siguió el del vehículo contra una farola del alumbrado público.

Baxter oyó el estrépito, pero ya se hallaba muy lejos. Sonrió, mientras doblaba por la primera bocacalle. Ahora, sus perseguidores tendrían que enfrentarse con una patrulla nocturna.

* * *

—El señor Branston le recibirá, señor Baxter —dijo una secretaria, a la mañana siguiente.

—Muchas gracias, señorita.

Baxter entró en un severo despacho, cuyas paredes estaban forradas de paneles de madera oscura. Varias litografías, representando antiguos buques de vela, contribuían a la decoración, así como un par de armarios, cuyos estantes se hallaban repletos de libros de leyes.

Branston era un hombre todavía joven, de una edad no superior a los cuarenta años. Baxter supo disimular su sorpresa al reconocer en el abogado al individuo a quien había visto hablando con Thea Ephstone.

—Celebro conocerle, señor Baxter —dijo Branston, cortésmente—. ¿Puede decirme los motivos de su visita?

—Ciertamente, señor Branston —respondió el joven—. Tengo entendido que esta firma se encarga de los trámites de la testamentaría del difunto Philip K. Harrigan.

—En efecto, así es. El señor Harrigan siempre fue nuestro cliente… pero ¿puedo saber por qué me hace esa pregunta?

—Se lo diré con toda claridad. Deseo saber si Harrigan me citó en su testamento. En tiempos, y pese a la diferencia de edad, fuimos muy buenos amigos.

Branston arqueó las cejas.

—Jamás oí mencionar su nombre, al difunto señor Harrigan — manifestó. Impasible, Baxter sacó un papel y se lo tendió a su interlocutor.

—Lea, se lo ruego —pidió.

Branston tomó unas gafas correctoras y paseó su vista por los renglones escritos. Al cabo de unos momentos, miró, asombrado, al visitante.

—Es increíble —dijo.

Baxter sonrió, a la vez que recuperaba de nuevo el papel.

—Me escribió hará un año —dijo—. Como puede apreciar, en esa carta decía que no me olvidaría en su testamento. Por eso he venido a verles a ustedes.

—Lo siento, pero su nombre no figura para nada en el testamento de nuestro difunto cliente. Lamento tener que darle esa noticia, pero es la pura realidad.

—Me desagrada oírle hablar así, señor Branston. ¡Oh, no es que le culpe a usted!; lógicamente, actúa según los deseos del difunto Harrigan. Pero me siento decepcionado.

Branston se puso en pie.

—Voy a demostrarle que soy absolutamente sincero —aseguró—. Si tiene la bondad de aguardar unos momentos, usted mismo podrá enterarse del contenido del testamento de Harrigan.

—Se lo agradeceré infinito.

Por supuesto, Baxter no pensaba decir al abogado que la carta no era sino una hábil falsificación, conseguida por el Fino, de acuerdo con el texto que él mismo había redactado. Y tampoco podían obligarle a que entregase el documento, ya que su nombre no figuraba en el testamento. La falsificación era, simplemente, un cebo destinado a conseguir que el abogado picase el anzuelo.

En el testamento, otorgado por el difunto, figuraban, al pie, las firmas de dos testigos. Baxter tenía buena memoria y retuvo los nombres, sin necesidad de anotarlos por escrito. La despedida fue muy cortés. Branston lamentó que Harrigan no se hubiese acordado de su buen amigo. Baxter dijo por su parte que más que el dinero en sí, deploraba la ingratitud y se despidió del abogado.

* * *

—No hay duda, Marion —dijo Baxter, aquella misma tarde—. El testamento declara inequívocamente que todo el dinero irá a parar a la Fundación.

—Eso es imposible —contestó la muchacha—. Aquí hay algo sucio…

—Horriblemente sucio —convino él—. Pero a ti te desposee de lo que te correspondería, porque dice que no eres su hija. Yo lo he leído Marion.

Ella se mordió los labios.

—No acabo de creerlo. Papá fue siempre tan cariñoso, tan gentil… Aunque en los últimos tiempos había cambiado bastante —reconoció.

—¿Por qué? Marion enrojeció.

—¿Debo contestarte?

—Te lo suplico.

—A papá no le gustaba Paul en absoluto.

—Tienes veintiún años. Es una edad suficiente para saber qué espeso te convenía, sin necesidad de que nadie te lo dijera.

—En este aspecto, papá era muy retrógrado.

Baxter asintió. Había hablado ya con Japhet y el mayordomo le había dado algunos informes sobre la actitud de Harrigan con su presunto yerno.

Sin embargo, Japhet no había llegado a saber exactamente por qué el difunto detestaba tanto a Forrester.

—Vamos al despacho —propuso Baxter, de pronto—. Quiero examinar de nuevo la escena del crimen.

Marion accedió de inmediato. Una vez en el despacho, Baxter se situó en el centro y empezó a girar lentamente, a fin de observar la decoración con todo detenimiento.

—Nunca usaba la llave, pero la puerta estaba cerrada por dentro —murmuró, como si expresara verbalmente sus pensamientos—. Las rejas estaban echadas y no se encontraron huellas del asesino ni tampoco un arma. Parece el crimen perfecto, ¿no crees?

—Resulta curioso que lo asesinaran poco después de otorgar testamento. Eso hace sospechar una posible falsificación, Budd.

—El testamento es jurídicamente inatacable, Marion. No hay nada que hacer, a menos que se demuestre que es una falsificación, como tú dices. Pero yo opino que la firma estampada al pie del documento es legítima.

—No puede ser. Papá no habría hecho una cosa semejante… Marion tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Mentiría si dijese que’ no me interesa el dinero —añadió, tras un par de hondos suspiros—. Pero más me duele el hecho de que no me considerase como su hija.

Baxter vio servicio de licores en un ángulo del despacho y llenó una copa, que ofreció a la muchacha.

—Toma un sorbo —aconsejó.

Marion bebió y pareció serenarse un tanto.

—De todos modos se trata de una conspiración —dijo—. Pero cometieron un inmenso error.

—¿Cuál es el error, Marion?

—Su asesinato. Debieran haber simulado un suicidio… Baxter meneó la cabeza.

—No lo creas. Es un plan inteligentemente tramado. Tu padre no tenía motivo alguno para suicidarse. Tenía cincuenta años escasos, estaba pletórico de vitalidad y, aunque no había vuelto a casarse, todavía ofrecía los atractivos suficientes para que las mujeres acudieran a su lado, a la menor insinuación, Y no lo digo solamente por su dinero, ¿comprendes? Los negocios marchaban florecientemente, era un miembro respetado e influyente de la Cámara de Comercio, no se le conocían depresiones nerviosas ni alteraciones psíquicas… En esas condiciones, ¿quién se pega un tiro? No, el asesinato era lo mejor, pero, naturalmente, había que hacerlo del modo más misterioso posible. Y, claro está, con el testamento ya en regla.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Entre —dijo Marion. Japhet apareció en el umbral.

—Señorita, la señora Ephstone desea hablar con usted —dijo.

Marion se volvió hacia Baxter. El joven hizo un breve pestañeo de asentimiento.

—Aquí, no —murmuró—. Japhet, no le diga a la señora Ephstone que estoy en la casa.

—Llévela a la biblioteca —indicó la muchacha.

—Bien, señorita.

El mayordomo se retiró.

—Yo vendré esta noche —bisbiseó Baxter—. No me llames por teléfono. A las doce en punto, abre la cancela del jardín. Procura que las luces estén apagadas.

—Está bien.

Baxter aguardó todavía unos minutos. Luego abandonó la casa, pero se sentó en el coche de Thea.

* * *

Media hora más tarde, Thea subió a su automóvil, que en esta ocasión conducía personalmente. Después de cruzar la cancela, notó una presencia extraña en el asiento posterior.

—¡Eh!, ¿qué hace usted? —gritó—. ¡Bájese inmediatamente o llamaré a la policía!

Con toda desenvoltura, Baxter quitó el cabezal del asiento delantero y luego se apoyó de codos en el borde del respaldo.

—Nos hemos visto antes —dijo. Thea le miró a través del espejo.

—¡Ah, es usted…!

—Me llamo Budd Baxter. Suprima el apellido, por favor. Thea

mantenía aún la cara seria.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Disfrutar de su hermosura… perdón, de la contemplación de su hermosura. No me tome por un sátiro, se lo ruego. Sé respetar a las verdaderas señoras.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué hace con las que no lo son? —preguntó.

—Respuesta denegada, por improcedente.

—El acusado debe contestar o se le procesará por desacato.

—Entonces, diré que nunca estoy con quien no es una verdadera dama.

—Eso ya me gusta más, pero, dígame, ¿qué hacía en casa de Harrigan?

—Fui a visitar a su hija. Su padre y yo éramos amigos, en tiempos. Es más, hace un año me escribió diciéndome que me dejaría una manda en el testamento. Ella dice no saber nada. Los abogados encargados de la testamentaría tampoco saben nada.

—Quizá no le dio tiempo a incluirle en el testamento. Usted conoce las verdaderas circunstancias de su muerte, me parece.

—En efecto, así es.

—Encuentro raro que Phil quisiera dejarle un legado…

—Arrímese a la cuneta, por favor.

Thea obedeció. Cuando el Coche se hubo parado, Baxter le puso delante de los ojos la carta que había enseñado, por la mañana, a Branston.

—Es verdad —dijo ella, tras la lectura—. Pero si en el testamento no figura su nombre, usted no tiene derecho a reclamar nada, máxime cuando en esta carta no hay ningún dato preciso acerca del supuesto legado.

—Eso es muy cierto —convino Baxter.

—Además, Marion no es hija de Harrigan.

—Lo sé. Ella misma me lo dijo.

—Lo siento, Budd.

De pronto, Baxter estiró un poco el cuerpo y besó la mejilla derecha de Thea. Luego abrió la portezuela y saltó al suelo.

—Eh, ¿adónde va usted? —preguntó ella.

Baxter dio la vuelta al coche y se acodó en la ventanilla del conductor.

—Debo, volver a buscar mi coche —respondió.

—¿A pie?

—El paseo a pie siempre es higiénico.

Thea sonreía incitantemente. De pronto, alargó la mano izquierda,

agarró la corbata del joven y tiró hacia sí, haciendo que las dos bocas se juntasen en un ardiente contacto.

—Me gustaría conversar durante más tiempo con usted, pero en un ambiente más íntimo —dijo, segundos más larde.

—Esta noche tengo un compromiso —alegó Baxter—. Negocios —aclaró.

—Mi nombre figura en la guía telefónica —se despidió ella.

Baxter permaneció unos momentos al borde de la autopista, hasta que el coche se hubo perdido en el ramal que conducía al puente de la Puerta de Oro. Luego, con las manos en los bolsillos, silbando alegremente, emprendió el camino de regreso a la mansión de Harrigan.

«A la noche tendría que hacer la misma ruta», pensó.

* * *

Cuando se disponía a salir del hotel, pasadas las once de la noche, recibió una llamada telefónica.

—He encontrado a la madre —dijo el Fino.

—¿Has hablado con ella?

—Todavía no, pero sé quién es y dónde vive…

—Nos veremos mañana, a mediodía, en el Red River. Es decir, si no es demasiado temprano para ti.

—Haré un esfuerzo —rió Lance.

Minutos después, Baxter hacía arrancar su coche. A las doce en punto, lo detenía ante la verja de acceso al parque que rodeaba la residencia de Harrigan.

La verja se abrió casi en el acto. Baxter, sin embargo, prefirió cubrir a pie el resto del camino.

La oscuridad era completa. De repente, Baxter sintió una presencia extraña en las inmediaciones.

Capítulo VI

ALGO destelló, avanzando mortíferamente hacia Baxter. El joven se echó un poco hacia atrás, a la vez que levantaba fulgurantemente el brazo izquierdo.

La mano aferró una muñeca, manteniéndola en alto con firmeza granítica. El atacante resopló, sorprendido.

Moviéndose con increíble velocidad, Baxter ejecutó un devastador movimiento de judo: el *Ura nage* o volteo hacia atrás. Inclinóse un poco, puso el pie derecho frente al de su atacante y luego situó el izquierdo algo más atrasado que el derecho del otro. Su cabeza entró en contacto con el pectoral derecho del adversario, a la vez que metía la mano derecha en el abdomen del contrario. Una vez ejecutados estos movimientos, tiró hacia sí y hacia atrás. La acción no era demasiado ortodoxa, tal vez, pero dio sus frutos.

El atacante voló por los aires oblicuamente, cayendo en tal posición, que le resultó difícil ponerse en pie rápidamente. Cuando lo consiguió, había perdido la iniciativa, de modo que Baxter pudo aplicarle el *Ushiro-jime* o presa de cuello por detrás, pero utilizando el brazo izquierdo, a fin de tener libre la mano derecha, que se apoderó instantáneamente y por segunda vez de la muñeca derecha de su adversario.

Apretó con el brazo izquierdo. Luego, su mano movió varias veces el brazo derecho del atacante, haciéndole que se diese a sí mismo varios golpes de pecho. Baxter insistió una y otra vez, hasta que, de repente, el cuerpo que sostenía con el brazo izquierdo quedó súbitamente desmadejado.

Soltó su presa. El hombre se desplomó.

Pataleaba débilmente. Baxter pudo ver en su mano derecha el *shuko o garra de tigre*, una especie de manopla, dotada de cuatro agudas puntas de acero, de casi diez centímetros de longitud. Pero el *shuko* había atacado a su propio dueño.

Bruscamente, sonaron pasos en las inmediaciones.

Baxter giró en redondo, quedando en *Neokoashi-dashi*, la posición preventiva para la defensa del *Kung-fu*, las piernas ligeramente flexionadas, un poco adelantada la izquierda y brazos y manos dispuestos para repeler el nuevo ataque, también adelantado el brazo izquierdo. Pero pronto pudo apreciar que no tendría que combatir de nuevo.

Era Marion.

—¡Budd! ¡Budd!, ¿por qué tardas…?

—No grites —aconsejó él—. Quédate donde estás.

Marion alargó el cuello y vio una sombra confusa, caía en el suelo.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió.

—Alguien me aguardaba. He tenido, que pelear duramente.

—¿Lo conoces?

—No, ni tampoco importa demasiado. Además, ya no podrá hablar. Ella entendió el significado de la respuesta y se estremeció.

—Ha muerto.

—No me quedó otra solución. Tenía que matar o morir. Espera un momento.

Baxter se inclinó sobre el caído y registró sus ropas. Encontró un pañuelo, con el que limpió las púas del *shuko* y luego quitó éste de una mano ya inerte. Acto seguido, arrastró el cadáver, hasta dejarlo oculto tras unos' arbustos.

—Vamos a la casa —dijo.

Marion le siguió. Cuando entraron en el despacho, Baxter le enseñó la terrible arma.

Ella se puso pálida.

—Es horrible…

—Sí. Un solo zarpazo habría bastado para destrozarme la garganta.

—¿Cómo pudiste…?

—No es la primera vez y, por otra parte, tengo el oído muy fino. Hizo un poco de ruido. Marion se sentó en una butaca.

—Me siento desfallecer —dijo—. ¿Cómo pueden pasar estas cosas?

—No preguntes cómo, sino por qué, y respóndete a ti misma que pasan por doscientos millones de dólares. —Baxter llenó dos copas y entregó una a la muchacha—. ¿Qué te ha dicho Thea Ephstone?

—Se ha mostrado muy amable conmigo y asegura lamentar infinito lo que sucede. Dice que puede darme un empleo en la Fundación, bien remunerado, aunque, por supuesto, no necesitaré acudir a diario. Además, permitirá que resida aquí todo el tiempo que guste.

—Generosa —sonrió él.

—Pero, tarde o temprano, tendré que marcharme. Esta casa será la sede de la Fundación.

—Y lo ha dispuesto Thea.

—Según el testamento, tiene plenos poderes, aunque, eso sí, asesorada por la firma de abogados encargados de la testamentaría.

—Una mujer afortunada —dijo Baxter—. Bien, ¿empezamos? Ella le miró sorprendida.

—¿Qué es lo que hemos de empezar? —preguntó.

—Una investigación a fondo —respondió él—. Tu padre murió

aquí y nadie sabe quién lo hizo ni cómo entró, ni mucho menos cómo se marchó. Anda, empieza a golpear los paneles de madera, hasta que oigas sonido a hueco.

—¿Qué es lo que vamos a buscar? —preguntó ella, intrigada.

—Un escondite. El asesino estaba ya aquí, cuando su padre se encerró a trabajar.

—Murió muy tarde. Según el forense, a las tres de la madrugada. Yo llegué esa noche a las dos.

—Tal vez haya un pasadizo secreto…

—Sí, pero ¿cómo entró en la casa? ¿Por qué no venir directamente al despacho?

—¿Crees que tenía que saber que tu padre no se cerraba jamás con llave?

—Es de suponer que conociera sus costumbres, ¿no te parece?

—Sí, es un argumento razonable —convino él, pensativamente—. Anda, sigue golpeando en las paredes.

Los esfuerzos en tal sentido resultaron inútiles. Baxter *se* sentía decepcionado, porque no acababa de comprender cómo se había cometido el asesinato.

—Aparte del hecho innegable que alguien apretó un gatillo, no sabemos más. Ni cómo vino, ni cómo se fue… Marion, ¿viste tú el cuerpo, antes de que viniera la policía?

—Sí, pero sólo unos instantes. Creo que me desmayé. Perdí el sentido unos momentos, aunque me recuperé muy pronto.

—Por favor, ¿quieres situarte en la misma posición en que viste muerto a tu padre? Marion vaciló un momento. Luego rodeó la mesa, se sentó en el sillón y quedó apoyada de bruces sobre la mesa, con la cabeza ladeada y un brazo colgando en el aire.

Baxter estudió la posición adoptada por la muchacha.

—Ya puedes levantarte —dijo.

Marion se puso en pie. Entonces, Baxter se acercó al sillón y lo estudió detenidamente unos segundos.

—Has dicho antes que regresaste a las dos de la madrugada —murmuró.

—Aproximadamente. No puedo afirmar la hora exacta, pero con la diferencia de unos pocos minutos, sí, volví alrededor de las dos.

—Tu padre murió a las tres… ¿Te acompañó alguien?

—Paul, mi prometido.

—La verja exterior estaba cerrada. ¿Quién te abrió?

—Nadie. Yo tengo una llave especial, que acciona el mecanismo desde el exterior. De este modo no necesitaba despertar a la servidumbre cuando regresaba a una hora muy avanzada. Mi padre

también tenía otra.

—Búscala, ¿quieres?

Marion registró los cajones de la mesa.

—Aquí no está —dijo, minutos después.

—¿En su dormitorio?

—Tal vez.

—Míralo luego y llámame mañana, ¿entendido?

—De acuerdo. Sí, es probable que la tuviese arriba, en su dormitorio. Budd, ¿qué piensas hacer, ahora?

—Seguir investigando, naturalmente —sonrió él—. Y ahora, si no te importa, voy a marcharme, llevándome cierto montón de basura que he dejado no lejos de la puerta.

Ella se estremeció.

—Hay un cadáver…

—No te preocupes, me desharé de él. Trae una linterna, por favor.

Marion salió del despacho, para reunirse con Baxter momentos más tarde en el vestíbulo. Ella había accionado ya el mando de apertura de la puerta del muro y caminó junto al joven, hasta llegar al punto donde había tenido lugar la pelea.

Baxter pasó al otro lado de los arbustos. Marion había encendido la linterna. De repente, oyó una exclamación de asombro.

—¿Qué sucede, Budd?

El joven se reunió con ella casi en el acto.

—Nada, alguien me ha ahorrado el trabajo —contestó, plácidamente.

—¡Se han llevado el cadáver!

—Me gustaría verle, para darle las gracias. Anda, vuélvete a casa y no te olvides de buscar la llave de esta verja.

Baxter cruzó la puerta y se acercó a su coche. Antes de sentarse tras el volante, examinó el motor. No, nadie le había puesto una trampa explosiva. Tampoco le habían jugado la mala pasada de dejarle el cadáver en el asiento posterior.

Había una explicación muy clara: no habían querido dejarle registrar las ropas del muerto. Pero tampoco le importó demasiado; a fin de cuentas, sus mismos adversarios le habían librado de un serio compromiso.

* * *

Al día siguiente, pasadas las doce y media, Baxter detuvo el coche ante una casa de modesta apariencia, aunque bastante bien cuidada.

—Ahí es —señaló Harry.

—¿Has hablado con ella?

—Ni lo pienso Le dejo a usted el efecto de la sorpresa —respondió el confidente, con acento malicioso.

Baxter abrió la portezuela.

—Aguárdame aquí —dijo.

—Está bien.

Baxter cruzó la acera, un pequeño jardincillo, subió una escalera de cuatro peldaños y tocó el timbre. En el interior de la casa sonó una campanilla.

Segundos después, una mujer abrió la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó, desabridamente.

—Me llamo Baxter. Usted es Mattie Ball.

—Ese es mi nombre, pero no compro nada. Lárguese.

Baxter estudió a la mujer, alta, robusta, pechugona; de pelo grisáceo y áspero, y piel un tanto cetrina. Tal vez, diez o quince años atrás, había resultado atractiva. Ahora casi repelía y no tanto por su aspecto físico, como por su expresión.

—No quiero venderle nada, señora —dijo—. Sólo deseo hablar con la madre de una chica llamada Marion Harrigan.

Mattie Ball frunció el ceño.

—Yo no tengo ninguna hija que se llame de esa forma —contestó.

—¿Lo dice realmente, o en sentido figurado? Cuando un padre está enojado con alguno de sus hijos, dice algo por el estilo…

—Marion es mi hija, pero yo no quiero saber nada de ella. ¿Está claro?

—Dígame, ¿quién fue su padre?

La mujer se quedó cortada. Luego, de pronto, se echó a reír.

—¿Quién sabe? Ni yo misma podría decírselo. En cuanto nació, la llevé a un orfelinato. Andando el tiempo, me enteré de que alguien la había adoptado. Intenté verla, pero Harrigan me echó a puntapiés de su casa. Y esto no es una metáfora; los puntapiés fueron auténticos.

—Encuentro un poco extraño que Harrigan no le ofreciera siquiera una pequeña compensación. ¿Por qué la echó a patadas?

—Dijo que no quería putas en su casa. ¿Entendido?

—O sea, que usted se quedó embarazada, pero no sabe decir quién fue… el causante…

—Harrigan no, desde luego Sólo le vi una vez y luego estuve sin poder sentarme casi una semana.

—Muy bien, señora. Por último, ¿puede" decirme el nombre del orfelinato al que llevó a la criatura?

—Es el orfelinato del Estado. Vaya allí; la inscribí como hija mía. Siempre he usado el mismo nombre y apellido. No digo que mi vida

haya sido una maravilla de rectitud, pero jamás oculté mi verdadera identidad.

Baxter emitió una ligera sonrisa.

—Ha sido usted muy amable, señora Ball; mil gracias por todo —dijo. La puerta se cerró de golpe. Baxter regresó al coche.

—¿Qué tal? —preguntó Lance, apenas se hubo acomodado en el coche. Baxter dio el contacto.

—Harry, tienes que ir al orfelinato del Estado. No sé dónde está, pero tú le encontrarás —dijo, mientras conducía con lentitud—. Te daré dinero y tú te encargarás de conseguir un duplicado o una fotocopia de las huellas palmares y plantares de una niña ingresada allí hace veintiún años, hija de Mattie Ball. ¿Has comprendido?

—No. ¿Qué pasa? El joven suspiró.

—Ese procedimiento se emplea ya hace muchísimos años. A todos los recién nacidos y a los niños de corta edad, se les toman improntas de sus manos y de las plantas de sus pies, a fin de evitar confusiones —explicó, pacientemente—, Por este procedimiento, sabremos si la niña que Mattie Ball llevó al orfelinato es, o no, Marion Harrigan.

—Ahora ya lo entiendo. Quizá cueste tiempo…

—Sobra tiempo, Harry.

De repente, el Fino se dio cuenta de que Baxter había dado la vuelta completa a la manzana, situándose de nuevo en las inmediaciones de la casa de Mattie.

—¡Eh! ¿Por qué volvemos aquí? —se asombró.

—Aguarda y verás.

El coche se hallaba en la misma acera de la casa, a unos treinta metros de distancia. Pasados diez minutos, se abrió la puerta y Mattie, elegantemente ataviada, aunque con poco sentido del ridículo, salió a la calle. Detenida junto a la acera, esperó unos momentos, hasta que vio aproximarse un taxi vacío.

Baxter abrió la portezuela.

—Harry, entérate de cuánto tiempo lleva Mattie en la vecindad —ordenó—. Ven a verme luego al hotel y te daré el dinero necesario para que indagues en el orfelinato.

—De acuerdo.

Baxter arrancó inmediatamente. Media hora más tarde, el taxi se detenía ante la puerta del edificio en donde la firma Colmer, Colmer & Branston tenía sus oficinas.

Una sonrisa distendió los labios del joven.

—Lógico, completamente lógico —murmuró.

Capítulo VII

BAXTER entró en su habitación del hotel, en el momento en que sonaba el teléfono. Se acercó a la mesita, levantó el aparato y dio su nombre:

—Soy Marion. He encontrado la llave.

—¡Oh, estupendo! Gracias, muchacha.

—Te he llamado varias veces. ¿Dónde estabas?

—Conversando con tu querida madre. Ella se quedó parada.

—Pero… papá siempre me dijo que había muerto cuando yo tenía apenas un año…

—He averiguado que hay una mujer que asegura ser tu madre, pero que, sin embargo, no quiere saber nada de ti. Asegura, además, que fue a verte años después de que tu padre te sacara del orfelinato, pero que fue expulsada de vuestra casa.

—Papá jamás me dijo una cosa semejante, te lo juro. Yo sé que se casó legítimamente… Pero ¿cómo se han podido inventar una cosa semejante?

—Marion, revisa a fondo el despacho de tu padre. Me gustaría que encontrases la partida de matrimonio de tus padres.

—Está bien, pero, aunque no me importaría que sucediese lo contrario, sé que soy hija legítima.

—Eso habrá que demostrarlo, preciosa.

—Si no aparece ese documento, será difícil. ¡Oh, perdona!, creo que Paul acaba de llegar. Te llamaré otro rato, Budd.

Baxter dejó el teléfono en su sitio y se desciñó la corbata. Lanzó la chaqueta sobre una silla y se encaminó al cuarto de baño.

Minutos más tarde, vestido solamente con una bata corta, volvía a la salita. Entonces, se encontró con un inesperado visitante.

Era un hombre joven, fornido, de cara cuadrada y poderosa musculatura. Parecía un tipo resuelto, pero también inteligente.

—¿Nos hemos visto antes, caballero? —preguntó Baxter, cortés.

—No, es la primera vez que nos vemos. Mi nombre es Johnson y represento a unos amigos, en nombre de los cuales quiero hacerle una proposición —dijo el sujeto.

Baxter se acercó a la mesita de los licores.

—Adelante, Johnson —invitó.

Algo voló por los aires y cayó a los pies del joven.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Hay diez mil. Liquide la cuenta del hotel y lárguese. Baxter sonrió, mientras ponía un poco de soda en su vaso.

—Tal vez es usted el autor de los anónimos que he recibido en un par de ocasiones — contestó—. ¿Qué su cede, han pensado que es mejor un soborno que no tirar el dinero en estúpidos asesinos pagados?

—Tome ese dinero y váyase.

La voz de Johnson era fría, desapasionada. Todavía seguía sentado, con las piernas plácidamente cruzadas.

—San Francisco me gusta —dijo Baxter.

—Puede arrepentirse de haber venido a esta ciudad.

—Quizá. Por el momento, me siento muy a gusto.

Baxter se inclinó para recoger el sobre y lanzárselo al visitante. En el mismo instante, Johnson se despegó fulminantemente de la silla, arrojándose sobre él, cuando todavía tenía la mano derecha a un par de centímetros del sobre.

La reacción de Baxter no fue menos rápida. Incorporándose velozmente, adelantó el brazo izquierdo, doblado en parte, con el puño cerrado, con lo que bloqueó el golpe de su enemigo, en posición de *Fumukomi age uke*, pero también cargando un tanto, con lo que desequilibró a Johnson.

Una fracción de segundo después, movió ambas manos, rectas, rígidas, golpeando los flancos del visitante con el filo, en un doble *Haito uchi*. Johnson se quedó instantáneamente sin aliento. Durante un segundo, le pareció que le habían cortado el cuerpo en dos.

Pero, casi en el acto, Baxter hizo un *Tate hiji ate*, golpeando con el codo de abajo arriba. Una mandíbula crujió sonoramente. Johnson se desplomó sin sentido.

Pasaron algunos minutos. Baxter tomó tranquilamente su bebida. El visitante era un buen boxeador, no cabía duda, y había confiado, sin duda, en la potencia de sus puños. Pero no había esperado combatir con un experto en karate.

Johnson se sentó en el suelo, todavía aturdido. Baxter le metió el sobre en uno de sus bolsillos.

—Váyase.

El visitante se puso en pie.

—Lo tendré en cuenta para mejor ocasión —dijo, rencoroso.

—Para usted, si nos enfrentamos, será peor ocasión, Si piensa un poco, se dará cuenta de que he podido matarle.

Johnson parpadeó.

—Si en lugar de golpearle en los flancos, lo hubiera hecho en el abdomen y en la espalda, y con más fuerza, ahora yacería ahí, reventado por dentro y con el espinazo partido en dos. Recuérdelo

para esa «mejor ocasión» —concluyó Baxter, fríamente.

El indeseable visitante se dirigió hacia la puerta y abrió justo en el momento en que alguien se disponía a llamar con los nudillos. El golpe fue a parar a la nariz de Johnson, quien emitió un colérico bufido. Lance, asustado, saltó lateralmente, pero no pudo contener una risotada momentos después, una vez en el interior de la *suite*.

—¿Qué le pasaba a ese tipo? Parecía muy enfadado —observó.

—Ese toquecito tuyo fue una especie de puntilla —contestó Baxter.

—Ya. Tiene cara de matón, pero de los listos.

—Lo es, Harry. Vino a ofrecerme diez mil pavos. El Fino silbó.

—Podía habérmelos dado a mí —exclamó.

—¿Te hubieras marchado de San Francisco?

—Hombre… ¿Era eso lo que pretendía?

—Aparentemente, sí, aunque también quería darme una paliza. Se llevó un chasco. Lance miró especulativamente a su interlocutor.

—Ese tipo le pasa diez centímetros y quince kilos, por lo menos —calculó—. No comprendo cómo le ha derrotado, jefe.

—Trucos —sonrió Baxter—. Bien, ¿qué has averiguado?

—Mattie Ball hace menos de un mes que reside en aquella casa —contestó Lance.

* * *

El teléfono sonó repentinamente. Baxter levantó el aparato y oyó una voz femenina:

—¡Socorro! ¡Bomberos, vengan pronto, por favor! Baxter lanzó una alegre carcajada.

—¿Esa llamada es a un bombero solo, o a toda la brigada de guardia?

—Sólo necesito un bombero. Estoy ardiendo.

—Menos mal. Otra hubiera dicho: «Estoy que ardo.» Lo cual puede tener un significado muy distinto.

—Usted es lo suficientemente listo para conocer lo que significa mi frase. Ardería de rabia, si no acudiese a mi llamada.

—No se enfade, Thea. ¿Cuándo?

—¿Esta noche?

Baxter consultó la hora.

—De acuerdo.

—Le enviaré mi— coche. El chófer avisará desde recepción.

—Magnífico.

—Cenaremos juntos, a solas —prometió Thea con voz cargada de insinuaciones.

—Un programa fascinante —calificó él.

Empezó a vestirse. Cuando terminaba de ponerse la corbata de lazo, negra, sonó el teléfono nuevamente.

Era Denise.

—¡Hola, hombre amante del teatro! ¿Cuándo me invitas, de nuevo, a otra función?

—Esta noche tengo un compromiso de negocios, hermosa.

—Me gustaría creerte…

—Sí dispusiera de televisión, me verías con la mano derecha levantada, en señal de juramento. Lo siento de veras, Denise.

—Bien, qué se le va a hacer. Los negocios son siempre lo primero… aunque, en ocasiones, puedan resultar peligrosos. ¿Te fue bien la botella de agua?

—Estupendamente. Rompí un parabrisas y el coche con los espías se estrelló contra una farola. No te habrán molestado, supongo.

—¡Oh, no, en absoluto! Pero me cierro por dentro todas las noches.

—Eso está bien; siempre conviene tomar precauciones. Hombre, ahora que lo recuerdo… Denise, quiero que me hagas un favor.

—¿Sólo uno? —dijo ella, mimosa.

—Bueno, de momento, éste solo. Calle Mojave, 816. Anota esa dirección y procura averiguar quién es el agente…

—¡Soy yo! —exclamó Denise, vivamente sorprendida—. ¿Quién te ha hablado de esa casa?

—¡Caramba, sí que es casualidad! —dijo Baxter, muy complacido —. ¿Quién te alquiló la casa?

—Un tal Peter Jenkins… pero si estás pensando en Johnson, te diré que no se parecían en nada.

—Acaso tú te refieres exclusivamente al parecido fisonómico. ¿Qué me dices de la figura corporal?

Denise pareció sentirse súbitamente intrigada.

—Ahora que lo dices… Los dos eran altos, muy fornidos… pero Jenkins no usaba bigote ni gafas… y tenía el pelo negro.

—Rostro cuadrado.

—Sí, justamente.

—Gracias, Denise. Johnson sabe disfrazarse muy hábilmente, pero la inicial de su apellido es la misma que la de Jenkins. ¿Cuál es el nombre del primero?

—Perry… Sí, coinciden las iniciales.

—No cabe duda, los dos son uno. Gracias, Denise.

Baxter encendió, a continuación, un cigarrillo. Mientras contemplaba las azules espirales de humo pensó en que Johnson-Jenkins había cometido una imprudencia al alquilar dos casas a una

misma agente de fincas.

Una de las casas estaba destinada a matarle. La otra era para la supuesta madre de Marion Harrigan.

Pero ¿cómo diablos había podido cometer semejante error?, se preguntó.

La respuesta, en cierto modo, era sencilla. Denise poseía una agencia de fincas no demasiado importante, nada espectacular, en comparación con otras empresas de la misma clase, que administraban y regían edificios mucho mayores. El error, en todo caso, estribaba en el fallo de los asesinos de la calle Rhowdell.

Poco más tarde, llamaron de recepción:

—El chófer de la señora Ephstone aguarda en el vestíbulo, señor Baxter.

—Gracias, voy ahora mismo.

* * *

El traje que Thea llevaba puesto era blanco por completo, lo cual contrastaba agradablemente con una piel muy tostada. Era una indumentaria muy discreta, pero de indiscutible elegancia. Un pequeño collar de piedras y un reloj de platino eran todas las joyas que completaban el atavío. Incluso los dedos estaban limpios de anillos.

—Bien, aquí estoy —dijo él, tras besarle la mano galantemente—. ¿A qué hora se apaga el fuego?

Ella rió suavemente.

—¿No prefiere antes un aperitivo? —consultó.

—Desde luego. —Baxter paseó la mirada a su alrededor—. Tiene usted una casa muy elegante —alabó.

—Gracias. No soy una mujer ávida de dinero, aunque reconozco que, a partir de este momento, tendré que administrar doscientos millones, pero tampoco me disgustan las comodidades. Simplemente, me gusta vivir bien.

—La envidio —suspiró él—. Nada menos que doscientos millones de dólares…

—Recuerde que no son para mí, sino para la Fundación: arte, cultura, obras benéficas, becas para estudiantes modestos… Yo seré la directora, con un excelente sueldo y cierta suma para gastos, pero nada más.

—Sin embargo, ahora puede permitirse el lujo de tener chófer.

—Me lo aconsejaron los abogados del difunto Harrigan. El sueldo del chófer y el coche van a cargo de los gastos de representación.

Baxter tocó con su copa la de su bella interlocutora.

—Chin chin —sonrió—. Voy a hacerle una pregunta indiscreta, señora Ephstone.

—Sí, pero llámeme Thea.

—De acuerdo. ¿Tiene pretendiente?

—¿Por qué? Estoy muy bien así, sin compromisos…

—Entonces, la felicito…

—Vaya, pensé que iba a decir que no comprendía cómo no había vuelto a casarme.

—Nada de eso. Su confesión me ha evitado convertirme en un asesino. Estaba dispuesto a matar a su pretendiente.

Thea exhaló una carcajada.

—Es usted… indescriptible, amigo mío —dijo.

—No lo sabe usted bien.

De pronto, Baxter dejó la copa a un lado y pasó sus brazos en torno a la esbelta cintura de la mujer. La tela que cubría el opulento pecho de Thea era lo suficiente reveladora para advertir, por el contacto, que no había otra prenda entre la seda blanca y la carne cálida y perfumada.

—Budd, no tan pronto… La cena se va a enfriar.

—¡Al diablo la cena! —contestó él, ardientemente.

Capítulo VIII

SENTADA ante el tocador, cubierto el espléndido cuerpo con un peinador de liviano tejido, Thea se cepillaba el cabello. Baxter apareció en el umbral con un bocadillo en una mano y un vaso de cerveza en la otra.

—Me sentía desfallecido —sonrió. Ella le miró a través del espejo.

—Resulta comprensible —contestó—. Budd, cariño, me gustaría hacerte una proposición.

—Adelante, soy todo oídos.

—Creo que puedes resultarme útil en la Fundación. Necesito un empleado de confianza, que haga algunos trabajos… para ahorrármelos a mí. Como tendré amplias facultades para contratar al personal, podría ofrecerte hasta mil quinientos mensuales y gastos pagados.

—No está mal —aprobó él—. ¿Qué es lo que tendría que hacer?

—En primer lugar, un viaje a Nueva York, para estudiar el funcionamiento de algunas fundaciones ya célebres: Guggenheim, Rockefeller… Eso me ayudaría, mucho más adelante. Por supuesto, llevarías cartas mías, avaladas por la firma de abogados que se encarga de la testamentaría. Te daría un buen anticipo y… ¿Qué te parece?

—De momento, muy bien. Si está dentro de tus atribuciones, considérame tu empleado más fiel.

Thea se levantó, dejó el cepillo y se acercó al joven, para echarle los brazos al cuello.

—Eso no está bien —protestó Baxter.

—¿Por qué? ¿No te gusta? Baxter alzó los brazos.

—Tengo las manos ocupadas —sonrió. Thea le besó suavemente en los labios.

—Saben a cerveza. Pero yo no había preparado cerveza para la cena —dijo.

—He hecho una incursión en el frigorífico. ¿Cuándo salgo para Mueva York?

—Te llamaré, mañana, al hotel.

—De acuerdo. ¿Puedo terminar… la cena?

Ella hizo un gesto de asentimiento. Luego fue hacia el lecho y se reclinó lánguidamente en las almohadas.

—Acaba pronto —dijo, sensual.

Pasadas las dos de la madrugada, Baxter empezó a vestirse.

—Avisa a] conserje de noche —indicó Thea, desde la cama.

—¿Para qué? —se sorprendió Baxter.

—El conserje avisará al chófer.

—No me gustaría despertarlo…

—Está aguardándote.

—Muy bien, como gustes.

Minutos después, Baxter volvió junto a la cama y se inclinó sobre la mujer. Unos brazos cálidos, llenos de vida, como serpientes, se enroscaron un instante en el cuello del joven.

—Ven otro día, querido —pidió Thea, con evidente languidez. Baxter asintió. De pronto, se fijó en un detalle.

—Tomas e] sol sin traje de baño —sonrió.

—Uso lámpara de cuarzo.

—Ya. Adiós, ha sido una velada encantadora.

Momentos después, se hallaba en el vestíbulo. El chófer se le acercó en el acto.

—Tengo el coche listo, señor.

—Muchas gracias, amigo…

—Mark, señor.

—Está bien, vamos, Mark.

Salieron a la calle. El chófer mantuvo la portezuela respetuosamente abierta, con la gorra en la mano, hasta que Baxter se hubo acomodado en su asiento. Luego corrió a situarse en su puesto.

El automóvil arrancó de inmediato. Baxter se puso un cigarrillo entre los labios. Sí, había sido una velada encantadora. Lo malo era que Thea había resultado demasiado astuta. Quizá no sabía nada, cabía la posibilidad, pero Baxter se inclinaba a creer más en la inteligencia de la mujer, que había hablado mucho y con gran volubilidad, pero sin tocar apenas el tema que tanto le interesaba.

—En fin, no se puede decir que haya perdido del todo el tiempo —se consoló, filosóficamente.

Pasados unos minutos, notó algo extraño.

El coche rodaba en dirección este. Baxter sabía que su hotel se hallaba en la dirección opuesta. En aquel momento, vio las luces de acceso al puente de Yerba Buena.

Sentado en su sitio, Mark conducía impasiblemente. Entre su asiento y el posterior, había una divisoria de cristal. Baxter probó a correr el vidrio, pero no pudo conseguirlo.

No cabía la posibilidad de un error; Mark había ido a recogerle antes y aquel camino no era el que permitía el regreso al hotel. Por lo tanto, se trataba de una encerrona.

—Muy bien adobada con unas horas de grata compañía —murmuró—. Incluso han tenido la delicadeza de permitirme mi última cena, y mis últimos minutos de placer. ¡Qué amables!

Intentó llamar por el teléfono interior, pero no obtuvo respuesta. Con las manos, tanteó sucesivamente las portezuelas.

Estaban bloqueadas. Y los cristales también.

De repente, frente a él, vio surgir un chorrito de gas blanquecino, del que se desprendía un olor dulzón, junto con un tenue silbido.

* * *

El coche se detuvo junto al «Rolls» de Thea Ephstone. Dos hombres se apearon del vehículo.

—¿Dónde está? —preguntó uno de los recién llegados.

—Ahí —señaló Mark.

—Bien, lárgate, nosotros nos encargaremos de él.

—*O.K.*

Mark abrió una de las portezuelas. Unos fuertes brazos tiraron del hombre que yacía, inmóvil, en el fondo del vehículo. Segundos después, Mark abandonaba aquel lugar.

—Bien, ¿dónde lo hacemos? —preguntó uno de los esbirros.

—Ahí, en la ladera de esa colina. Vamos a llevarlo, primero; luego, yo vendré en busca de las palas.

Dos pares de manos alzaron en vilo el inerte cuerpo de Budd Baxter. En la noche, debido a la luna en menguante, había la suficiente claridad para ver, sin necesidad de iluminación artificial.

Los dos hombres jadeaban cuando llegaron al pie de la colina. Subieron algunos metros y se detuvieron en un trozo relativamente llano, abundante en vegetación.

—Anda, trae las palas.

—Ahora mismo.

El sujeto se alejó. Su compinche quedó en el mismo sitio, contemplando críticamente el cuerpo que yacía a sus pies.

Meneó la cabeza. Pobre hombre, morir tan joven, en la flor de la vida…

Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Para encenderlo, giró un poco, a fin de protegerse de la ligera brisa que soplaba del noroeste. Entonces, de un modo súbito, un pie se movió horizontalmente y, alcanzándolo en la pierna, justo bajo la rodilla, le hizo perder el equilibrio.

Se oyó un rugido de rabia. Tardíamente, el hombre comprendió que la presunta víctima había buscado la ocasión para contraatacar. Procurando darse prisa, intentó levantarse.

Había caído rodando y, primero, tuvo que sentarse. Pero en el mismo instante, Baxter se situó a sus espaldas. Pasó el brazo derecho por delante y le sujetó el cuello férreamente. El izquierdo quedó detrás, el antebrazo apoyado en la nuca y empujando con enorme potencia hacia adelante. Era la segunda serie, segunda *kata* o forma fundamental de defensa, llamada *Kata-ha-hime* o presa de estrangulación.

Cuando el esbirro levantaba sus manos hacia atrás, a fin de iniciar su contraataque, Baxter hizo una rápida y violentísima presión con ambos brazos, en sentido contrario.

Crujieron unas vértebras. Un cuerpo humano se deslizó a un lado flácidamente.

Baxter se incorporó en el acto y procuró dejar el cadáver en la misma posición que él había ocupado hasta hacía unos instantes. Se sacudió las ropas y buscó un cigarrillo.

El otro vino momentos después, cargado con dos palas.

—No fumes —dijo ásperamente.

—Lo siento —se disculpó Baxter.

—Bueno, vamos, al grano; tenemos que acabar antes de que amanezca.

Baxter tomó una pala. El otro clavó la suya en el suelo, empujó con el pie y sacó la primera palada de tierra.

De pronto, creyó notar algo raro.

—¡Eh, tú no eres…!

—Sí, soy yo —rió Baxter.

Una pala se alzó amenazadoramente en el aire. El mango de la que tenía Baxter actuó como un bastón; el extremo, primeramente hundido en el estómago de su adversario, para golpearle seguidamente en la sien. Baxter empleó la mínima fuerza; no quería matar, solamente dejar fuera de combate al contrincante.

Otro cuerpo rodó por tierra. Baxter sacó un pañuelo y limpió sus huellas del mango de la pala. Hizo que el segundo pusiera sus manos en el mango y luego, tranquilamente, se encaminó en busca del automóvil.

Cuando atravesaba, en sentido inverso, el puente de Yerba Buena, pensó en dejar el coche ante la puerta de la casa de Thea. Rectificó casi en el acto. Había otro sitio mejor.

A las cuatro de la mañana, encontró un taxi que lo llevó al hotel. Se dio una ducha y luego, con toda tranquilidad, se metió en la cama y se durmió plácidamente.

Harry Lance apareció dos días más tarde, con un sobre de gran tamaño en las manos.

—Lo he conseguido —dijo, satisfecho.

—Eres un buen chico —alabó Baxter—. ¿Quieres tomar algo, mientras hecho un vistazo a las fotografías? Sírvete tú mismo, anda.

El Fino se acercó a la mesita de los licores. Baxter abrió el sobre.

—Al menos, los rasgos más notables no habrán cambiado en veinte años —dijo, momentos después.

Lance se volvió hacia él.

—Señor Baxter, ¿cuál es su interés en este caso? —preguntó.

La mirada del joven se tornó súbitamente evocadora. Lance lo advirtió y agregó:

—Si he hecho una pregunta inconveniente, olvídela, por favor.

—No, no es una pregunta inconveniente. Harry, yo te saqué a ti de un mal paso hace tres años.

—No lo he olvidado, se lo aseguro.

—Y, desde entonces, te has portado honestamente.

—Bueno, tanto como eso… —Lance soltó una risita—. Desde luego, no trafico en drogas ni cosas por el estilo, pero a veces… De todos modos, no hago nunca nada castigado por la ley. Vivo, simplemente, aunque, ¿qué diablos tiene esto que ver con mi pregunta?

—Hace diez años, un hombre me sacó a mí de un apuro semejante y me hizo ver la realidad de las cosas. Ese hombre fue asesinado hace pocos días.

—¡Oh, no sabía nada!

—Harrigan se mostró muy comprensivo y humano, y me ayudó a salir adelante. De otro modo', puede que hubiera acabado en San Quintín.

—Rayos, el peor lugar del mundo…

—Dejemos eso, Harry. Mi vida cambió notablemente desde entonces. Terminé los estudios, trabajé algunos años como abogado y más tarde fundé la *Digest Press Service*.

—¿Qué clase de negocio es ése? —preguntó el Fino, intrigado.

—Una agencia que se dedica a los recortes de prensa. Ya sabes, a las personas célebres, los astros de la *jet-society*, las estrellas de cine y sus representantes, artistas famosos y demás… quieren estar al día de cuanto se dice y escribe de ellos. Nosotros nos encargamos de revisar periódicos y revistas y enviar los recortes a nuestros abonados. No es por nada, pero tengo la mejor agencia de Nueva York y puede que del país.

Lance silbó.

—Oiga, eso debe de ser una mina de informes,

—Lo es —sonrió Baxter—. Pero siempre hay cosas que se ignoran, porque no aparecen en la prensa. La señora Ball, por ejemplo, no es persona de las que se mencionan corrientemente en los periódicos,

—Ya comprendo. Oiga, ¿por qué me envió al orfelinato?

—Esa mujer dice ser la madre de Marion Harrigan.

—¿Y el padre?

Baxter sonrió evasivamente.

—Ni siquiera lo sabe ella misma —contestó.

—Caramba, menuda pájara —exclamó el Fino—. ¿Qué dice la hija?

—La hija, según el testamento que yo mismo he leído, ha sido desheredada. Dentro de pocos días tendrá que abandonar su residencia de Sausalito.

—Y alguien se quedará con los doscientos millones de la herencia.

—Sí, a menos que yo lo evite.

—¡Buen bocado, jefe! Pero ¿qué va a ganar usted con todo esto? No irá a decirme que trabaja por amor al arte. Si consigue probar que el testamento es falso, podrá pedirle a la chica una buena recompensa.

—En este caso, Harry, me bastará con pensar que he ayudado al hombre que me ayudó a mí hace diez años.

—No será fácil, jefe —vaticinó Lance.

—No, no va a resultar fácil —suspiró Baxter—. Y ahora, Harry, presta atención, porque todavía no has terminado de trabajar para mí.

Capítulo IX

CUARENTA y ocho horas más tarde, Baxter llegó a la mansión de Harrigan, acompañado de una muchacha de unos veinte años, bastante atractiva y de bonita figura. Marion, extrañada, salió a recibirles.

—Budd, ¿qué has estado haciendo tantos días? No he tenido noticias tuyas…

—Tendrás la explicación dentro de unos momentos —contestó el joven—. Mientras tanto, permíteme que te presente a Lita Reyles, Señorita Reyles, ésta es Marion Harrigan.

—Encantada —dijo Marion.

—Es un placer —sonrió Lita.

Japhet aguardaba respetuosamente a un lado. Baxter se volvió hacia él.

—Por favor, lleve café al despacho —indicó—. ¡Ah!, estoy aguardando la visita de una persona. Es la señora Ball; hágala entrar apenas llegue.

—Muy bien, señor.

Baxter se llevó a las dos muchachas al despacho. En la mano derecha portaba un maletín de regulares dimensiones, que colocó sobre la mesa. Al abrirlo, Marion, sumamente intrigada, divisó varias cartulinas de tamaño cuartilla, unas extrañas fotografías y una lupa muy potente. También vio un rodillo de entintar y un tampón de desusadas dimensiones.

—Bien, señoritas, lo que pretendo de ustedes es muy sencillo. Empiecen por descalzarse —dijo.

Lita se sentó en una silla y, subiéndose un poco la falda, se soltó las presillas del portaligas, para quitarse las medias. Marion usaba pantalones y le bastó quitarse las sandalias que usaba corrientemente.

Mientras, Baxter había colocado dos cartulinas junto a cada silla. Entintó el rodillo y lo pasó sucesivamente por los dos pies de Lita. Luego hizo lo mismo con los de Marion.

Las huellas palmares quedaron marcadas en negro en las cartulinas. Japhet entró en aquel instante, con una bandeja en las manos, y se sintió atónito al contemplar un singular espectáculo.

—Por favor, traiga alcohol y unos paños —pidió Baxter.

—Al momento, señor.

Las chicas seguían sentadas todavía, con los talones en el suelo, a

fin de evitar manchas en la alfombra. Baxter les sirvió café. Luego rotuló los dos pares de huellas, con las iniciales de sus propietarias.

Cuando regresó Japhet, limpió cuidadosamente las plantas de los pies femeninos. A continuación, repitió la misma maniobra con las manos.

Terminadas las operaciones, estudió las huellas con la ayuda de la lupa. Tanto Marion como Lita le miraban expectantemente.

Transcurrieron unos minutos, en medio del más absoluto silencio. De pronto, sonó la campanilla de la puerta.

—Ahí viene la señora Ball —sonrió Baxter.

—Pero, Budd, ¿por qué no hablas claro de una vez? —solicitó Marion, muy nerviosa.

—Ten paciencia, por favor.

La puerta del despacho se abrió. Japhet anunció, solemne:

—Señor, la señora Ball.

Los ojos duros y fríos de Mattie exploraron la estancia.

—¿Para qué me ha hecho venir aquí, señor Baxter? —preguntó. El joven hizo un amplio ademán con la mano.

—Una de estas dos encantadoras muchachas es su hija —contestó —. Reconózcala, se lo ruego.

El índice de Baxter señaló hacia Marion.

—Ella es —dijo.

—Jamás he visto a esa mujer en mi vida —protestó la aludida.

—Claro, como que tuve que internarte en el orfelinato cuando sólo tenías unos pocos meses de vida…

Baxter alzó dos de las cartulinas, en las que había sendas huellas palmares.

—Estas son las huellas que tomaron de su hija, el mismo día de su ingreso en el orfelinato, bajo el nombre de Lita Ball y no Marion, como usted ha declarado. Las huellas corresponden a esta agraciada joven, que ahora usa el nombre de Lita Reyles, porque se casó a los diecinueve años y su esposo la abandonó a los pocos meses de la boda. Ahora está divorciada y completamente libre.

Mattie palideció horriblemente. Baxter se acercó a la mesa y tocó el timbre.

—Lita, esa mujer es su madre. ¿Tiene algo que decirle? —preguntó Baxter.

—No —contestó la muchacha secamente—. Puedo perdonar lo que hizo, pero me resultaría imposible olvidarla. Yo estuve casada y no tuve hijos, pero jamás los hubiera abandonado.

—Entonces, yo no podía… —lloriqueó Mattie. La puerta del despacho se abrió.

—Japhet, la señora Ball se marcha —dijo Baxter fríamente.

—Sí, señor. ¿Señora…?

Mattie miró al joven con ojos suplicantes.

—Ando mal de dinero… Si pudieran darme, aunque sólo fuese unos cientos…

—Ya la han pagado por mentir. Váyase.

Abrumada, Mattie abandonó la estancia. Baxter se acercó a Lita y tomó sus manos.

—Lo lamento —dijo.

Ella inspiró fuertemente.

—Es horrible… He vivido siempre en un orfelinato… Yo pensé que un día podría encontrar a mi madre… pero jamás supuse que fuese una mujer tan despreciable… Yo hubiera hecho cualquier cosa por tener a mi hija junto a mí, siempre, siempre…

—Un día encontrará a un hombre decente, se casará con él y le dará muchos hijos y usted no los abandonará jamás —aseguró Baxter, sonriendo—. Y también puedo anticiparle que la señorita Harrigan tendrá muy en cuenta su valiosa ayuda, Lita.

Marion avanzó impulsivamente hacia la otra muchacha.

—Te ayudaré —dijo, vehemente. Luego se volvió hacia el joven—. Pero ¿cómo se les ocurrió esta fantástica idea?

—A poco de nacer tú, tus padres sostuvieron una fortísima disputa. Tu madre se separó y te llevó con ella. Creo que se hubieran reconciliado, pero tu madre murió cuando tú contabas poco más de un año. Entonces, tu padre fue a buscarte y eso dio pie, veinte años más tarde, para que alguien se inventase una fantástica historia. Pero se olvidaron del detalle de las huellas palmares y plantares, que demuestran, sin lugar a dudas, la identidad de cada una de las dos.

—Entonces, el testamento es falso —exclamó Marion vivamente.

—Eso es, precisamente lo que debemos demostrar. De repente, llamaron a la puerta.

—Entre —dijo Marion. Japhet abrió.

—Señorita, el señor Forrester…

Paul Forrester entró con gran ímpetu en la estancia.

—Tengo malas noticias para ti, Marion —exclamó, a la vez que se apoderaba de las manos de la muchacha.

—Habla, Paul —pidió ella.

En aquel instante, Forrester pareció darse cuenta de que Marion no estaba sola.

—Perdón, no me había dado cuenta… Deseo hablarte a solas, querida. Ella vaciló un instante. Baxter agarró a Lita por un brazo.

—Vámonos —dije.

—¡Aguarden! —exclamó Marion—. Puesto que se trata de malas noticias, y tarde o temprano se harán públicas, será mejor que hables en presencia de estos dos buenos amigos. ¿Conoces a Lita Reyles, Paul?

—Es un placer —dijo Forrester fríamente.

Lita hizo un ligero movimiento con la cabeza. Forrester se volvió hacia Marion.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento terriblemente. No sé cómo empezar… pero tarde o temprano, como has dicho, tiene que saberse… Querida, a mí no me importa nada tu origen; yo siempre te amaré, pobre o rica… pero tu verdadero nombre es…

De súbito, Forrester se interrumpió, a la vez que miraba a Lita. Marion se echó a reír.

—Continúa, Paul —dijo—. ¿Acaso ibas a decirme que me llamo Lita Ball? Forrester se puso rígido.

—Lo siento, pero ése es tu nombre —insistió—. Ya sabes que puedes contar conmigo; que no me importa en absoluto…

—Paul, ¿cómo has llegado a saber que me llamo Lita Ball?

—He investigado en el orfelinato del Estado.

Tranquilamente, Marion se acercó a la mesa y tomó dos de las cartulinas, en las que aparecían, con toda nitidez, las improntas de dos manos.

—¿Se te ha ocurrido examinar las huellas palmares? —preguntó.

Forrester palideció espantosamente. Durante unos segundos, hubo un silencio absoluto en la estancia.

Luego, Marion dejó nuevamente las cartulinas sobre la mesa, cruzó el despacho y abrió la puerta.

—Sal, Paul —dijo—. No vuelvas jamás a esta casa.

—Pero, Marion…

—Vete.

Forrester apretó los labios. Miró un instante a Baxter, con ojos que despedían fuego.

—Usted es el culpable…

—¿De haber asesinado a Phil Harrigan? —cortó Baxter, impasible.

—¡Yo no le maté!

—Felicidades.

—¡Paul, vete de una vez! —gritó Marion descompuestamente—. Ahora me doy cuenta de que mi padre supo conocerte muy pronto. ¡Vete, vete!

Forrester se encaminó hacia la puerta. Antes de salir se volvió y sonrió de un modo especial.

—Marion, te guste o no, estás desheredada. Muy pronto tendrás

que dejar todos estos lujos, esta vida de ocio…

—Forrester, puede que ella se quede sin nada, pero seguirá viva, lo cual no se puede afirmar de usted —dijo Baxter.

—¿Está amenazándome? —se engalló Forrester.

—No. Yo no pertenezco a la banda que trata de apoderarse de doscientos millones. Usted les ha sido útil hasta ahora. A partir de este momento, vale menos que una escoba usada. ¿Sabe usted lo que se hace con las escobas usadas?

Forrester salió dando un portazo. Marion se sentó en una silla, cubriéndose la cara con las manos.

—Es horrible —gimió—. ¿Qué pretendía ese miserable? ¿Por qué me habrá traicionado de esa forma?

—Los hombres son así, no le des más vueltas —dijo Lita, filosóficamente.

—No todos —corrigió Baxter.

—Bueno, algunos. La verdad es que yo no puedo hablar bien de ciertos tipos —sonrió la muchacha.

Marion se secó las lágrimas.

—Paul estaba de acuerdo con ellos —dijo.

—Parece indudable —convino Baxter.

—Pero ¿no hubiera ganado más ayudándome, en lugar de luchar contra mí?

—Aparentemente, así debiera ser. Pero, sin duda, esperaba ganar más por otro lado.

Confío, sin embargo, en que lo pierda todo.

—¿Incluso la vida?

Baxter se encogió de hombros.

—Jamás siento pena por un traidor —respondió. Se acercó a la mesa y empezó a recoger sus objetos—. De todos modos, hay algo que sigue preocupándome por encima de todo.

—¿Qué es, Budd?

—La muerte de tu padre. Todavía no consigo aclarar la forma en que se cometió el crimen. Pero, además, hay otro problema.

—¿Otro problema? —repitió la muchacha.

—Si. Un testamento auténtico, que debe de hallarse por alguna parte.

—Si existe, debe de estar en las oficinas de Colmer —dijo Marion.

—¿Conoces al jefe de la firma?

—Sí. Hablé con él y se mostró muy extrañado de la decisión de mi padre, pero dijo que no se podía hacer otra cosa que respetar su última voluntad.

—Extraña voluntad —comentó Baxter a media voz—. Bien, Lita,

aquí ya hemos terminado. Marion, no te muevas de casa. Sigue buscando en el despacho. No te desalientes.

Marion esbozó una tímida sonrisa.

—Procuraré ser animosa —respondió—. Lita, cuando se haya arreglado todo, cuenta con mi ayuda.

Capítulo X

HENRY W. Colmer era un hombre de más de setenta años, de ojos cansados y expresión hastiada. Baxter se dio cuenta, bien pronto, de que al jefe de la firma de abogados le daba ya todo igual en este mundo.

—De modo que la hija de Harrigan ha resultado ser… su hija —murmuró Colmer, después de que el visitante le hubiera expuesto, en parte, el resultado de sus investigaciones.

—¿Acaso lo dudó usted en alguna ocasión?

—No, y confieso que me extrañó muchísimo que Harrigan lo declarase así en su testamento. Pero ¿por qué iba a dudar yo de la palabra de mi mejor cliente?

—Es una respuesta muy lógica —convino Baxter—. Dígame, señor Colmer, usted es el miembro fundador de la firma.

—Sí, en efecto.

—¿Quién es el otro Colmer?

—Mi hijo mayor, pero nos dejó hará cosa de dos años. Ahora bien, como espero que vuelva a nosotros algún día, la firma no ha variado de nombre. Él sabe que este bufete está muy acreditado y… Bien, volverá, se lo aseguro.

Baxter notó cierta inseguridad en la voz del anciano. Colmer no era sincero por completo.

—¿Por qué se separó su hijo?

—Estaba en desacuerdo con alguna de mis decisiones —Colmer soltó una risita—. Ya sabe, los jóvenes piensan de forma muy distinta… aunque ya ronda los cuarenta años…

—¿Qué me dice de Branston, el otro miembro de la firma?

—¡Oh, es muy competente! Lleno de osadía, inteligencia, audaz… Ha ganado algunos pleitos muy resonantes. Empezó de simple pasante y ya ve, ha conseguido unir su nombre al de nuestra firma. Francamente, estoy muy satisfecho de su trabajo.

—No lo dudo. ¿Se encargó usted de la testamentaría de Harrigan?

—No. Es Branston quien la lleva personalmente. Confío en él de un modo absoluto; créame, señor Baxter.

El visitante se puso en pie.

—Le diré una cosa, señor Colmer —exclamó—. Usted afirma que Harrigan era su mejor cliente. Si Harrigan está vivo, no podría decir lo mismo de ustedes.

Colmer se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera replicar una sola palabra, se abrió la puerta del despacho.

—¡Hola, Henry…!

El recién llegado se interrumpió, al ver que Colmer tenía visita.

—Dispense, no sabía que estuviese ocupado —añadió.

—El señor Baxter se marchaba ya —contestó Colmer—. Este es Grant Branston — presentó a continuación.

—¿Cómo está usted? —saludó fríamente el abogado.

—Encantado de la vida. He averiguado que Marion Harrigan era, efectivamente, hija de su padre y no de una tal Mattie Ball, cuya hija auténtica ha aparecido de un modo que no deja lugar a dudas sobre su verdadera personalidad. ¡Buenos días, caballeros!

Baxter salió del despacho. Antes de cerrar, tuvo todavía tiempo de escuchar la voz quejumbrosa del anciano:

—Grant, muchacho, eres demasiado audaz… Hay que ser prudente…

—¡Siga con su maldita prudencia y esta oficina se llenará de gusanos antes de un mes!

—contestó Branston abruptamente.

Baxter sonrió. Empezaba a comprender las razones por las cuales Colmer hijo había abandonado la firma de abogados.

Wallace H. Colmer se lo confirmó una hora más tarde:

—Nunca me gustó ese tipo. Demasiado rastrero, muy adulador, servil hasta la repugnancia… y así fue como consiguió meterse a mi padre en el bolsillo. Yo se lo advertí infinidad de veces, pero el viejo no me hizo caso. Es cierto que es un tipo listo y que ha ganado algunos pleitos resonantes, pero su ambición no tiene límites. También se ha metido en algunos asuntos sucios, de los que ha salido mediante trampas asquerosas, que un abogado medianamente honesto no habría empleado jamás. Pero conoce la ley al dedillo. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Baxter sonrió.

—Yo también soy abogado, aunque hace muchos años que no ejerzo —declaró.

—Bien, aunque deba reconocer que supo empezar desde abajo, tengo que decir, también, que es hombre de férrea voluntad. Se trazó una meta y no reparará en medios para alcanzarla. De momento, puede decirse que, prácticamente, es el jefe de la firma. Mi padre hace lo que él quiere. Ahora bien, como yo no estaba dispuesto a tolerarlo y mi padre no me hacía maldito el caso, acabé estableciéndome por mi cuenta.

—Hay un testamento de Harrigan, en favor de la Fundación, exclusivamente. ¿Qué opina usted al respecto?

—Branston tiene los suficientes conocimientos para haber logrado la falsificación más perfecta que pueda usted imaginarse —declaró Colmer con rotundo acento.

Baxter se puso en pie y tendió la mano al abogado.

—Es todo lo que quería saber. Muchas gracias —se despidió.

* * *

Entró en la habitación del hotel y oyó el teléfono. Inmediatamente, levantó el aparato.

—Baxter —dijo.

—Jefe, ¿dónde se había metido? —exclamó el Fino—. He estado llamándole horas enteras…

—Estaba ocupado por ahí. ¿Sucede algo?

—Sí. La patrulla fluvial ha sacado un coche de la bahía, con dos cadáveres en su interior. Se llamaban Chad Witts y Bennie Kent. ¿Le dicen algo esos dos nombres?

Baxter contuvo el aliento.

—¡Eran los testigos que firmaron en el testamento de Harrigan! —exclamó.

—Por eso me resultaba imposible encontrarlos. Bien, jefe, eso es todo por ahora.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla. Durante unos segundos permaneció pensativo, convertido en una estatua.

Sí, el testamento había sido falsificado y esperaba probarlo, pero esto era menos importante que encontrar al asesino de Harrigan.

¿Cómo había cometido el crimen, de manera tan perfecta?

De repente, se dio cuenta de que no estaba solo. Antes de que pudiera hacer el menor movimiento, notó algo duro en la espalda.

—No se mueva —dijo una voz de tonos amenazadores.

—¿Johnson?

—Digamos que sí. Voy a matarle, Baxter.

—Lamentable.

—Sobre todo, para usted. Oiga, ¿cómo logró escapar de la trampa del coche? El gas era mortífero…

—Pero visible. Por eso pude meter mi pluma en el orificio que, además, era de goma, con lo que la obturación resultó total.

—¡Oh, ya entiendo! Bien, después de esto, ya no hay más que hablar.

Baxter se dispuso a la acción. Pero en el mismo momento, se abrió la puerta y sonó una voz de mujer:

—¡Budd! ¿Dónde…?

Denise lanzó un chillido al contemplar la escena. Johnson se volvió en el acto, lanzando una horrible maldición.

—¡Échate al suelo, Denise! —gritó Baxter, a la vez que daba un salto lateral.

La mujer titubeó. Johnson, desconcertado, corrió hacia la puerta. Denise se apartó vivamente, llena de pánico.

Baxter corrió también hacia la puerta. Alargó la mano, tiró del brazo de Denise y la hizo entrar violentamente en la habitación. Johnson desaparecía, en aquel momento, por la escalera.

—Habrá que llamar a la policía —dijo Denise, temblando de miedo.

—Déjalo —contestó él—s. Volveremos a encontrarnos. Ella se sentó.

—Las piernas no me sostienen —confesó, con voz desfallecida—. Cuando vi a ese tipo que te encañonaba con semejante pistolón…

Baxter sonrió, mientras acercaba una copa a su hermosa visitante.

—Has llegado justamente a punto —dijo—. Pero ¿cómo se te ha ocurrido venir…?

—He estado llamándote días enteros y tú no contestabas. Al fin, decidí acudir personalmente, para saber qué había sido de ti. ¿Tanto trabajo tenías, para no poder hacerme una llamada?

—Perdona, Denise, no me lo reproches. Sí, he tenido trabajo… pero lo bueno de todo es que las cosas se van aclarando poco a poco.

—¿Lo dices en serio?

—La presencia de Johnson en este hotel lo confirma. Ellos se sienten ya acorralados y actúan poco menos que a la desesperada.

Denise sonrió.

—Les estropeaste un magnífico plan —dijo.

—Van a perderlo todo por un exceso de codicia. Doscientos millones de dólares les cegaron. Si se hubieran conformado con la mitad, si no hubieran intentado el sucio truco de declarar que Marion no era hija de su padre, podían haber salido adelante.

—La mitad de doscientos son cien —Denise suspiró—. Yo me conformaría con la centésima parte, Budd.

—Hay gente muy avariciosa —sonrió él. De pronto, sonó el teléfono.

—Perdona —levantó el aparato—. Soy Baxter.

—Jefe, venga inmediatamente; le aguardo en el Red River —dijo el Fino.

—¿Algo interesante?

—Muchísimo. Oiga, este asiento me fascina. Cada día resulta más atractivo. Vamos, dese prisa.

—Está bien, voy ahora mismo. Baxter se volvió hacia su visitante.

—Lo siento, tengo que dejarte —sonrió. Denise se puso en pie.

—Ven esta noche a cenar a mi casa —dijo.

—Lo intentaré.

Una vez más, sonó el teléfono.

—No te dejan parar —sonrió Denise. Baxter volvió a levantar el aparato.

—¡Hola, Budd! —dijo Thea—, Hace días que aguardo tu respuesta…

—¡Ah, el empleo en la Fundación!

—Sí, desde luego. ¿Qué me contestas?

—Preciosa, puedes tener la seguridad de que antes de una semana habré emprendido viaje a Nueva York —respondió Baxter.

—Vas a marcharte —dijo Denise, dolida, instantes después. Baxter la empujó suavemente hacia la puerta.

—Si me es posible, cenaremos juntos esta noche —respondió.

Capítulo XI

—AQUÍ es —dijo Lance bruscamente.

Baxter contempló la casa desde el coche, un edificio viejo, sombrío, de varios pisos, situado en el borde de Chinatown. Un poco más allá había otro caserón de idénticas características, en el que ya se notaban señales indudables de una próxima demolición, a fin de construir un nuevo edificio en el mismo solar.

—Se llama Pat Cullack —dijo Baxter.

—Sí. Hará doce años falsificó billetes de veinte dólares. Si no llega a ser por un «chivatazo», no descubren la falsificación. Se dice que todavía corren, por ahí, billetes de los que hizo Cullack —contestó Lance.

—Un artista, vamos.

—La broma le costó una condena de quince años, pero cumplió solamente ocho, por buena conducta. Naturalmente, trabajaba en la imprenta de San Quintín.

—Lógico —sonrió Baxter—. Pero ¿cómo se habrá metido de nuevo en un jaleo de esta clase?

—No es seguro, aunque, si no lo ha hecho él, ¿.quién otro podría haberse encargado del asunto? Además, recuerde que es un negocio de doscientos millones.

Baxter abrió la portezuela del coche.

—Sí, es un argumento que convence a cualquiera. Harry, me gustaría que vinieses conmigo —dijo.

—Está bien.

Los dos hombres entraron en la casa. Momentos después, se hallaban ante una puerta situada en el tercer piso.

Baxter tocó con los nudillos, sin recibir respuesta.

—No debe de estar —dijo.

—Tengo entendido que Cullack sale poco de casa. Insista —aconsejó el Fino. Baxter llamó de nuevo. Meneó la cabeza.

—Será mejor que entremos y le aguardemos en casa —propuso.

Hizo girar el pomo y empujó la puerta. Un segundo más tarde, vieron el cuerpo de un hombre que yacía boca arriba, en el centro de una sala decorada con modestia.

—Cullack ya no nos dirá si fue él quien falsificó el testamento de Harrigan —murmuró Baxter.

Lance respiró profundamente unas cuantas veces.

—Si quiere que le diga la verdad, lo presentía —exclamó—. Este asunto es demasiado importante, para que quienes lo planearon se dejen pillar los dedos.

—Lo malo para ellos es que el cepo está a punto de cerrarse. Vámonos, Harry.

Los dos hombres regresaron, de nuevo, al automóvil. Baxter aferró el volante con ambas manos.

—El problema ya no está en el testamento propiamente dicho, sino en la muerte de Harrigan —dijo.

—¿Lo cree así?

—Aclarar esa muerte es la base de la solución del enigma. Lo demás es ya secundario.

—Le resultará muy difícil, jefe.

—Tal vez. —Baxter consultó la hora—. Aunque ya es un poco tarde, voy a cenar eh casa de una buena amiga —agregó—. ¿Dónde te dejo?

—Cerca de mi «base de operaciones» —sonrió el Fino—. Oiga, ¿no necesitará un corresponsal en San Francisco, cuando regrese a Nueva York?

—Quizá resulte interesante —contestó Baxter.

* * *

Denise se arrodilló en el suelo y pasó una mano por la frente del hombre tendido en el diván.

—Estás preocupado —murmuró—. Apenas has probado la cena y, en cuanto a mí, ni siquiera me has dado un beso.

—Discúlpame —respondió Baxter—. Sí, tienes razón; estoy preocupado.

—¿Por Johnson?

—Johnson es un miembro distinguido de la banda, probablemente el encargado de las «ejecuciones», aunque también las lleve a cabo personalmente, cuando sea necesario.

—Como en el caso de Cullack.

—Sí. Pero lo que más me aturde es la forma en que mataron a Harrigan. ¿Cómo lo hicieron?

Denise, insinuante, pegó su mejilla a la de su invitado.

—¿Por qué no te olvidas unos momentos de ese asunto? —sugirió.

La boca femenina empezó a recorrer la cara de Baxter. De pronto, se pegó a la boca del joven, succionando como una ventosa.

Por un instante, Baxter se dejó llevar por el ardor de la situación. Bruscamente, se incorporó, lanzando a Denise sobre la alfombra.

—¡Ya está! —gritó—. Creo que ya tengo la solución.

Ella, apoyada con las manos en el suelo, le miró aturdidamente.

—No entiendo… Baxter sonrió.

—Pareces un pulpo besando —dijo—. Ven aquí, hermosa; voy a premiarte la idea que me has dado.

Denise se incorporó de un salto y se arrojó sobre Baxter.

—Soy peor que un pulpo —exclamó ardientemente.

* * *

Cuando llegó al día siguiente a la casa de Marion, la muchacha le recibió llena de excitación.

—He encontrado el testamento auténtico —dijo.

—Luego era cierto que existía —sonrió él.

—Sí. Papá lo redactó de su puño y letra. Verdaderamente, dejó una suma muy importante a la Fundación, pero no me desheredó, ni mucho menos.

—¿Dónde estaba?

—En uno de los cajones. Había un sobre rotulado como «Facturas pendientes». ¿Qué te parece?

—Tengo la impresión de que tu padre presentía que iba a morir. Déjame el testamento, por favor.

Marion le entregó un sobre, del que Baxter extrajo un documento, compuesto por varias hojas de papel. Durante un buen rato, permaneció sumido en la lectura, hasta que se hubo impuesto del contenido del testamento.

—Está escrito de su puño y letra y, aunque no hay firmas de testigos, cualquier juez lo dará por válido, una vez que los peritos calígrafos examinen tanto éste como la falsificación que preparó Branston —dijo, al cabo—. Pero ahora tendremos que hacerles venir aquí, para que conozcan la verdad.

—¿Crees que querrán? —preguntó Marion. Baxter señaló el teléfono.

—Diles que hoy mismo piensas abandonar la residencia —indicó —. Los tendrás aquí muy pronto, como buitres.

Ella asintió.

—Puede ser una buena idea, en efecto —convino— Pero ¿qué papel pinta mi prometido en todo este asunto?

—Es bien sencillo. Tu padre no le quería. Puesto que tú insistías en casarte con él, el testamento en que te desheredaba totalmente, resultaba así más aceptable.

—Pero no tenían por qué negar que era hija suya…

—Es cierto, aunque eso apoyaba su decisión. De otro modo, quizá te hubiera dejado alguna pequeña manda, pero así la gente pensaba

que el desheredarte absolutamente era algo que entraba dentro de la lógica. Pero no lo supieron hacer bien; yo conocía un poco a tu padre y sé que, aunque hubiera sido cierto que no fueras su hija, jamás te habría dejado sin parte de su fortuna. A ellos les perdió la ambición.

—¿Les perdió? Todavía están sueltos…

—Por poco tiempo —aseguró Baxter.

—¿A quién llamo primero? —consultó Marion.

—A la directora de la Fundación, naturalmente. Procura ser convincente. Dile que convendría que viniera con su abogado.

—Está bien.

Marion se acercó al teléfono. Consultó la agenda que había sobre la mesa y marcó un número.

Segundos después, dijo:

—¿Señora Ephstone? Soy Marion Harrigan… Bien, muchas gracias, señora… Me marcho hoy mismo de casa… Sí, he tomado la decisión de no continuar aquí ni un minuto más de lo absolutamente indispensable… No se preocupe, son cosas de la vida, ¡qué se le va a hacer…! Me gustaría que viniese, para hacerle entrega oficial de la casa… Hay, también, algunas llaves y… Gracias, muchas gracias, es usted muy considerada, pero no me llevaré más que mis efectos personales… Por supuesto, vendrá usted con su abogado, a fin de que la transferencia se haga en regla, ¿no es así? Muchas gracias, señora Ephstone; es usted realmente encantadora.

Marion dejó el teléfono en su sitio y miró al joven.

—¿Lo he hecho bien? —consultó.

—Perfectamente —aprobó Baxter, con amplia sonrisa—. ¿Qué dijo ella?

—Bien, puedo llevarme algunos objetos por los que sienta especial afecto… También mi coche, aunque no el Cadillac» de papá…

—Generosa —se burló el joven—. Bien, arréglate un poco; vístete como si, efectivamente, fueras a marcharte de aquí, ¡Ah! Y haz que preparen un par de maletas y las dejen en el vestíbulo. Tu coche debe quedar también ante la entrada. Una perfecta puesta en escena, ¿comprendes?

—Sí, desde luego.

—Bien, empieza ya. Mientras tanto, yo hablaré con Japhet; tengo que darle ciertas instrucciones para que se ocupe de la recepción que va a tener lugar dentro de poco.

Marion y Baxter salieron del despacho. El joven habló durante unos minutos con Japhet. Luego regresó de nuevo al despacho, en donde realizó unas extrañas manipulaciones durante algunos minutos.

Para ver si la trampa funcionaba, hizo una prueba. Una rotunda maldición escapó de sus labios, a la vez que daba un salto hacia atrás.

—¡Demonios, es más fuerte de lo que pensaba!

Pero luego se echó a reír. Si las cosas salían como había calculado, alguien se iba a llevar una tremenda sorpresa aquel mismo día.

Capítulo XII

EL lujoso «Cadillac» negro, conducido por un impasible chófer, se detuvo ante la cancela durante unos segundos, La tapa posterior del maletero se abrió cautelosamente y un hombre saltó fuera sin hacer el menor ruido. Cuando la reja se deslizó a un lado, el hombre corrió agachado tras el vehículo, desviándose luego al otro lado de un seto. El coche, mientras tanto, rodaba hacia la casa.

Agazapado tras el seto, Paul Forrester esperó durante unos momentos. Luego se incorporó lentamente, pero, en el mismo instante, creyó que le cortaban la cabeza.

Dos manos, de filo, le habían golpeado simultáneamente por debajo de las orejas.

Baxter miró fríamente al hombre que yacía, sin sentido, en el suelo.

—Si este doble *Haito uchi* hubiera sido aplicado con más fuerza, a estas horas habrías emprendido el último viaje… ¡al infierno!

Tenía en los bolsillos dos trozos de cordón de seda y ató los pies y las manos del inconsciente Forrester. Luego, calmosamente, sin prisas, se encaminó hacia la mansión.

Japhet le recibió en la puerta.

—Todo está preparado, señor —informó.

—Bien, muchas gracias. Sirva el café cuando toque el timbre.

—Sí, señor.

Baxter abrió la puerta del despacho momentos después.

—Lo siento tantísimo —decía Thea en aquellos momentos—. Te aprecio infinitamente, pero no veo qué podemos hacer…

—Podrías asignarle una pequeña renta, a cargo del fondo de gastos de la Fundación — sugirió Branston condescendientemente—. Ni siquiera sería necesario que acudiese a su oficina, señorita Harrigan.

—¡Cuánta amabilidad! —exclamó Baxter en aquel momento— ¡Hola, Thea! ¿Qué tal, señor Branston?

Thea y el abogado se volvieron al mismo tiempo, enormemente sorprendidos por la presencia de Baxter en el despacho. La señora Ephstone frunció el ceño.

—Marion, ¿qué hace aquí este hombre? —exclamó.

—El señor Baxter es mi abogado —contestó la muchacha.

—No sabía que tú…

—Tengo el título —confirmó el aludido.

—¿Ha solicitado autorización para ejercer en el estado de California? —preguntó Branston altivamente.

—No voy a ejercer; simplemente, seré el asesor de Marion. Si fuese necesario pleitear, aparte de que me inscribiría en la Asociación de Abogados, buscaríamos otro, con reputación intachable, para que nos ayudase en la defensa de los intereses de la señorita Harrigan. Pero no será necesario, se lo aseguro.

—Muy bien, no tenemos nada que objetar, porque todo está en regla.

—Por favor, ¿ha traído consigo el testamento?

Branston abrió un portafolios que había sobre la mesa y extrajo un grueso sobre.

—Si piensa que es una falsificación, está equivocado —dijo.

Baxter sonrió, a la vez que tomaba el sobre. Antes de abrirlo, pulsó el timbre de llamada.

—Marion, ¿quieres encargar café? —indicó—. Puede que la sesión se alargue más de lo conveniente y resultaría conveniente algo que nos animase el cuerpo.

Abrió el sobre. Japhet apareció en la puerta y Marion le pidió que trajese café. Con toda desenvoltura, Baxter sacó el testamento y, sentándose en una silla, empezó a leerlo.

* * *

Quince minutos más tarde, cuando ya habían tomado una taza de café, Baxter dejó los documentos sobre la mesa.

—Están en regla, salvo por un pequeño detalle: la firma de Harrigan es una perfecta falsificación —dijo.

Branston se indignó.

—Eso es una sucia mentira…

—Usted sabe que es verdad. Y tú también, Thea. Ella se mordió los labios.

—En todo caso, no podrías demostrarlo —dijo.

Baxter levantó el testamento, sosteniéndolo por el pico superior izquierdo.

—Los procedimientos que emplea hoy la policía para el revelado de huellas dactilares son insuperables —dijo—. A la policía de San Francisco le interesará mucho saber por qué aparecen en alguno de estos papeles las huellas de un tal Pat Cullack, asesinado de un tiro hace un par de días.

La cara de Branston griseó. Thea apretó los labios. Baxter se puso en pie.

—Los dos testigos de la firma, Witts y Kent, han aparecido

muertos, en un coche hallado en el fondo de la bahía —continuó, implacable—. Respecto a Mattie Ball, su falsedad ha sido ya demostrada, no sólo por las huellas plantares y palmares archivadas en el orfelinato estatal, sino porque ha aparecido su auténtica hija. También hemos encontrado la partida de matrimonio de Philip y Edna Harrigan y la partida de nacimiento de Marion. Pero aun eso es lo de menos.

»Lo que realmente interesa es aclarar la forma en que murió Harrigan. Cerrar la puerta con llave fue un error mayúsculo; debieron haberse enterado bien antes, ya que así el crimen hubiera resultado más difícil de probar. No obstante, es innegable que se ejecutó con un plan ideado con suma astucia.

—Nosotros no tenemos nada que ver con esa muerte —declaró Thea furiosamente.

—Bueno, eso ya lo veremos cuando llegue el momento oportuno. Como dijo el filósofo:

«No hables alto, cuando sople mucho viento.» Y aquí soplan vientos huracanados que van a barrerles a ustedes y a la cuadrilla de asesinos que contrataron para ayudarles en sus planes. He encontrado la derivación del teléfono, que llevaba a una pequeña emisora de radio, por lo que, en todo momento, estaban enterados de lo que decía Marion. Así conocieron mi nombre y decidieron quitarme ya de en medio, contratando a aquel artista escalador, a quien luego su ayudante envió a la calle. El ayudante, por cierto, ¿era Johnson, el mismo que usaba dos personalidades, con apariencias distintas; el mismo que quiso ofrecerme diez mi! dólares para que me marchara de San Francisco, en vista de que todos sus esfuerzos para liquidarme habían fracasado?

Thea y Branston aparecían mortalmente pálidos, incapaces de reaccionar, Sonriendo, Baxter abrió la cigarrera y se puso un pitillo entre los labios.

—Es tontería seguir hablando de la casa de la calle Rhowdell y de la que Johnson— Jenkins alquiló para la supuesta madre de Marion —continuó—. Vamos a centrarnos mejor en la forma en que se cometió el crimen.

Encendió el cigarrillo.

—Alguien, el inevitable cómplice que se necesita siempre en estos casos, para que actúe desde dentro, procuró la llave del despacho, que encontró sin dificultad en uno de los cajones y que el difunto Harrigan jamás empleaba. Ese cómplice obtuvo, también, una copia de la llave que abre la cancela eléctrica desde el exterior. La noche del crimen dejó a Marion a las dos de la madrugada. A las tres, Harrigan moría de un disparo. Les diré cómo sucedió.

»El asesino llegó hasta la fachada de la casa y luego, por la cornisa inferior, se deslizó hasta situarse frente a la ventana del despacho. Uno de los cristales había sido ya soltado de su marco, aunque permanecía en su sitio. Los listoncillos, pegados convenientemente, no se desprendieron.

»La reja estaba cerrada, por supuesto, pero el asesino, sujetándose a la misma por un gancho en forma de S, sujeto, a su vez, al cinturón, tuvo así las dos manos libres para colocar una ventosa en el cristal. La ventosa, sujeta con un cordel, sostuvo el cristal que no cayó al suelo. Entonces, el asesino hizo fuego desde el exterior.

«Fíjense en el alto respaldo de este sillón. La talla de la parte superior deja los huecos suficientes para que una bala pueda pasar a través, sin tocar la madera. Si el respaldo hubiera sido completamente macizo, se habrían advertido las señales del impacto, pero no fue así, y esto aumentaba más todavía los enigmas del crimen.

»Una vez hecho el disparo, el asesino, por medio de una varilla de hierro que traía a prevención, alzó la falleba de la ventana y la abrió. Con la misma varilla tocó el resorte que abre la reja y eso le permitió entrar en el despacho, para cerrar la puerta por dentro. Después, se llevó la llave, volvió a la ventana, la cerró, tiró del cordel de la ventosa y el cristal volvió a su sitio, previamente embadurnados los bordes con un hilito de adhesivo líquido, para que se mantuviera en su sitio. Naturalmente, antes de esta operación, que había sido la última, la reja ya había vuelto a su sitio por medio de la varilla de hierro. Todo estaba ya terminado y el asesino, de este modo, pudo marcharse tranquilamente, sin que nadie, dada la hora, viese ni oyera nada en absoluto. Pero, insisto, el error fue cerrar el despacho con llave por dentro. Harrigan jamás lo hacía; simplemente, cuando quería estar solo, daba orden de que no le molestasen. Ni siquiera Marion quebrantaba esta costumbre.

Después de las últimas palabras de Baxter, sobrevino una pausa de silencio. Al fin, Thea, haciendo un esfuerzo, irguió el torso.

—Todo eso está muy bien, pero no puedes relacionarlo con nosotros —dijo. Baxter sonrió.

—Paul Forrester está fuera, atado de pies y manos. Lo habéis traído sin saberlo, en el maletero del coche. Él también quería su tajada del pastel, pero, a última hora, habías decidido dejarle de lado. Harrigan sabía, porque tenía medios de averiguarlo, que era tu amante. Así le convenciste para que consiguiera las dos llaves y que, aprovechando sus facilidades para entrar y salir de la casa, despegara el cristal en sucesivas ocasiones. En cuanto al asesino, ¿le convenciste mediante la promesa de dinero en abundancia o bastaron tus encantos?

Miró al abogado, que aparecía lívido.

—Wallace Colmer tenía razón al decir que usted no era conveniente para la firma de abogados. He hablado con él y me ha dado numerosos detalles de su actuación, nada honesta en muchas ocasiones. ¿También se dejó seducir por Thea? ¿O pensaba, igualmente, meter sus manos en el rico botín de los doscientos millones?

La frente de Branston estaba inundada de sudor. Repentinamente, se oyó un terrible alarido en el exterior.

Las cuatro personas volvieron la cabeza. Un hombre se retorcía epilépticamente, agarrado a la reja de la ventana.

Era Johnson, con uniforme de chófer.

—¡Budd! ¿Qué le pasa? —gritó Marion, asustada.

—Nada. He conectado un cable eléctrico a la reja y la corriente le mantiene pegado a los hierros.

De pronto, Johnson dejó de moverse. Baxter se acercó a un interruptor y el sujeto cayó al jardín.

Segundos después, Japhet, en el exterior, enseñaba una pistola, envuelta parcialmente en un pañuelo. Baxter hizo un gesto de asentimiento.

—Es el arma del crimen —dijo.

Súbitamente, Thea abrió su bolso y extrajo del mismo un pequeño revólver. No menos velozmente, Baxter alargó el brazo izquierdo y aplicó el *Keito uke*, golpe dado con la muñeca bajo a mano de la mujer, a fin de hacer que se elevase el arma.

Pero el golpe llegó una fracción de segundo tarde y, aunque consiguió desviar la mano, no la elevó lo suficiente. El tiro salió, con seco estallido.

Branston se puso rígido. Horrorizada, Marion vio el rojo agujerito que acababa de aparecer en su frente, entre los dos ojos. Los pies del abogado se empinaron un segundo, antes de iniciar el giro que lo conduciría al pavimento.

Aturdida por lo que había hecho, Thea retrocedió un par de pasos. El revólver había caído sobre la alfombra. Baxter lo empujó con el pie. Luego se acercó al teléfono.

* * *

Era ya de noche. Los policías se habían marchado con los detenidos y también la ambulancia que contenía el cadáver de Branston. Marion, relajada, tenía un aspecto muy distinto.

—Todo me parece un sueño…

—Ahora tendrás que olvidar —aconsejó Baxter, sonriendo.

—Me costará un poco.

—Podrás conseguirlo si te encargas tú misma de dirigir la Fundación. Estoy segura de que a tu padre le hubiera gustado.

Marion sonrió también.

—Budd, ¿por qué no te quedas para ayudarme? —propuso. Baxter respingó primero. Luego meneó la cabeza.

—Eso es cosa tuya —respondió. Ella se le acercó.

—Vas a marcharte —dijo.

—Sí, debo volver a Nueva York.

—Si te quedases…

Baxter la contempló durante unos instantes. Delante de sí tenía a una hermosa mujer, estallante de juventud, con una espléndida silueta y unos ojos que decían muchas cosas en silencio. De pronto, pensó que diez años antes la había conocido siendo una niña, con largas trenzas y carácter alborotador. No, había cosas que no podía hacer, se dijo.

—Algún día, un hombre se te acercará —vaticinó—. Procura que se te acerque por ti misma y no por tu dinero.

—Quizá ese hombre está delante de mí…

—Es un espejismo. No te dejes llevar nunca por el encanto de la situación.

—A veces, resulta más agradable que actuar con el cerebro.

—Puede ser, pero, en la mayoría de ocasiones, se acaba en fracaso. Baxter puso sus manos sobre los hombros de la muchacha.

—Tu padre me ayudó en cierta ocasión y fue un inmenso favor el que me hizo —dijo—. Por eso te he ayudado yo ahora.

—¡Pero soy una mujer! —exclamó ella ardientemente.

—Y yo no soy el hombre que necesitas. —Baxter la besó suavemente en una mejilla—. Lo comprenderás cuando pase algún tiempo.

Un par de lágrimas rodaron por las mejillas de la muchacha. Baxter la soltó, se acercó al teléfono y marcó un número.

A miles de kilómetros de distancia, una voz soñolienta contestó:

—Gray.

—¡Hola, Denise! Vuelvo a casa —anunció Baxter.

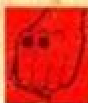
—Hombre; ¿y para eso me despiertas a las dos de la madrugada? Baxter se echó a reír.

—Perdona, no me había acordado de la diferencia horaria entre las dos costas. Colgó el teléfono. De nuevo miró a la muchacha.

—¡Adiós, Marion!

Ella le vio marchar, con los ojos inundados de lágrimas. Momentos después, Baxter se había fundido con la oscuridad del jardín.

F I N





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:



¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.



APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - B. ... o)
PRECIO EN ESPA ... .
P.V.P. 80 PTAS.